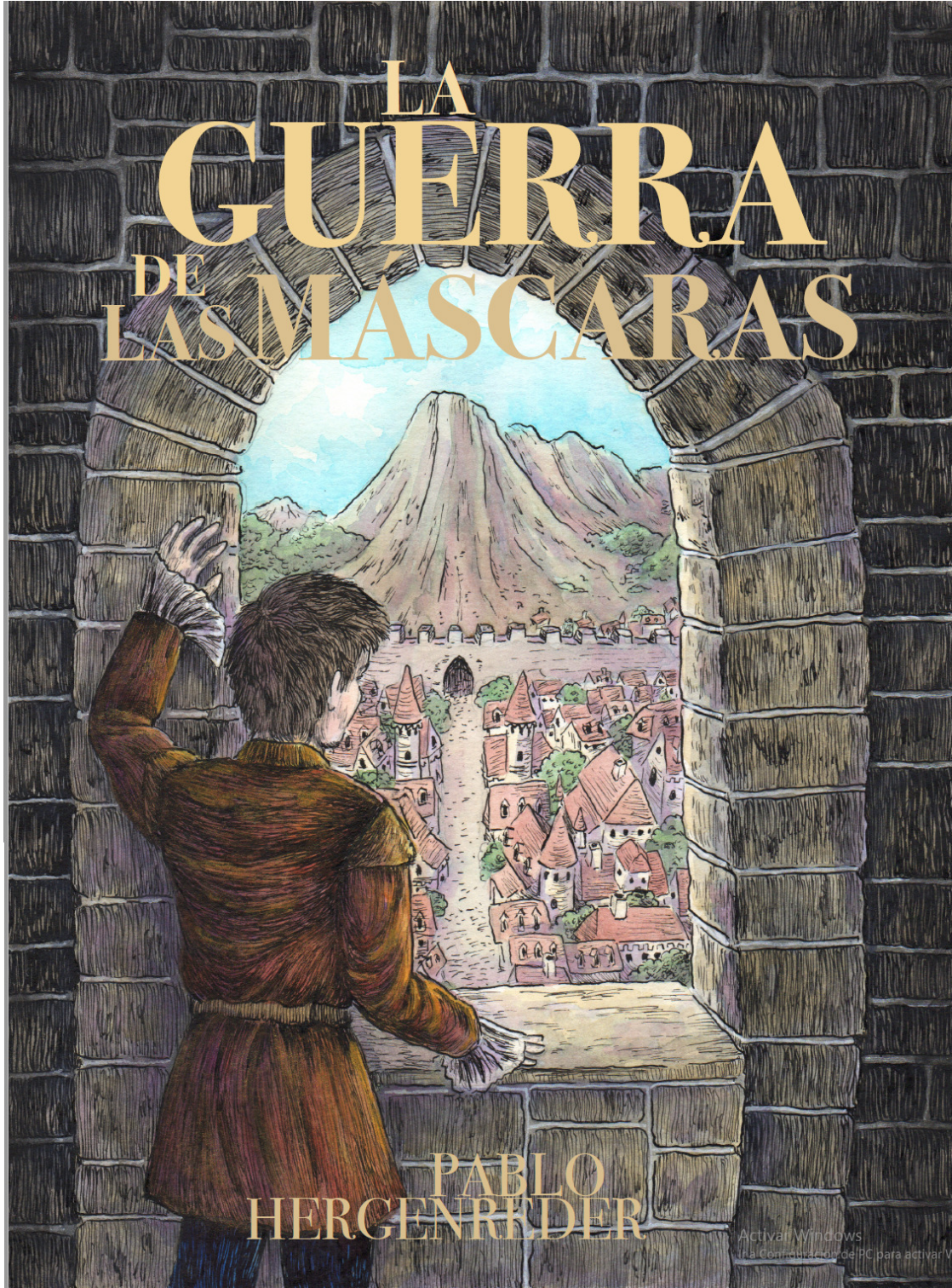


La Guerra de las Máscaras

Pablo Hergenreder



Capítulo 1

Después de tantas idas y vueltas “La Guerra de las Máscaras” está terminado. Sin intenciones de explayarme demasiado, quisiera aprovechar este espacio para agradecer a quienes siempre estuvieron ahí, tanto para leer bocetos asquerosos como para incentivarme a seguir escribiendo. Este libro va dedicado a ustedes.

También merece ser destacado el trabajo de Maelitha, la portada del libro ha quedado increíble, gracias. Les recomiendo ojear sus trabajos, dejo aquí su Instagram: <https://www.instagram.com/maelitha/>

Si alguien está interesado en acceder al libro en su formato original, mándeme un correo a hergenrederpablo@gmail.com , con gusto se lo mandaré.

Capítulo 2

Prólogo

El inicio del verano comenzaba a hacerse notar en las Tierras Rojizas. Para Rotk y los demás moledores eran malas noticias, lo que se comentaba sobre el agobiante calor en aquel lugar no era un detalle menor. Rotk tenía toda la cara empapada de sudor, trabajar al lado de un horno minero no ponía las cosas más fáciles.

Su labor consistía en recibir las menas de cobre, calentarlas unos minutos hasta que tomaran un color rojizo, y finalmente partirlas de un mazazo. Solo de esa manera se podía separar el cobre del resto de la piedra y demás basura. No era un trabajo que demandase mucho esfuerzo físico, pero el calor lo hacía insoportable.

En ese momento, el pelo sudado se le metía en los ojos y no lo dejaba ver con claridad. Sus compañeros habían tomado el descanso del mediodía, pero Rotk no. Golpeó con fiereza una mena que se partió en múltiples pedazos, quedando desparramados en su mesa de trabajo. Y ahí estaba, entre la opacidades de la piedra, siempre se escondía un brillo cobrizo. Lentamente, su hombro comenzaba a abandonarlo, había comenzado a moler junto al primer rayo de sol. Solo permitiéndose descansar para tomar agua.

Fatigado, acalorado y deshidratado, sin embargo nunca en su vida había estado mejor, pues Rotk era rico. No rico en un sentido convencional, estaba claro, pero tenía más de lo que alguna vez se había permitido soñar. Hacía tan solo dos años su hogar eran los callejones de Meyeter, capital del Reino Libre. En la capital no había oportunidades para hombres como él, o al menos no había sabido encontrarlas. Sus opciones, allí, se limitaban a comer de lo que pudiera mendigar. Si pedía de más, los guardias lo golpeaban. En cambio, si recibía de más, los otros indigentes le robaban. Todas las noches dormía en un recoveco distinto, y siempre con el estómago rugiendo.

Pero esa vida ya formaba parte del pasado.

Habían sido varios los rumores sobre las Tierras Rojizas y su riqueza. Una riqueza que daba oportunidades sin hacer distinción de clases. Por eso, Rotk se había decidido a probar suerte, y vaya si la había encontrado. Ahora podía permitirse dos comidas al día, tenía ropa de trabajo y también para andar. Había levantado su propio techo en Ciudad de Piedra, la pequeña ciudad en crecimiento que rodeaba las murallas de Ciudad del

Cobre. No extrañaba para nada la belleza de la capital.

Rotk valoraba más que nadie el fruto de su trabajo, por eso dedicaba horas enteras a obtener el cobre de las menas. La paga de los moledores era buena, eso no podía negarse, pero era nada considerando el precio al que se vendían las armaduras, herramientas y demás utensilios. Los ricos, los realmente ricos, se llenaban los bolsillos a costa de su sudor. ¿Qué sabían ellos del esfuerzo de los mineros? ¿Qué sabían sobre estar horas y horas en el horno, golpeando sin cesar las menas? La familia Cemerton se estaba enriqueciendo a costa del esfuerzo de todos ellos, y eso lo sacaba de quicio. Por eso, hacía ya un tiempo se encargaba de equilibrar la balanza por su cuenta, tomaba lo que le correspondía. Era lo justo.

El control en la zona de minería era más bien nulo. Aprovechando esta libertad, bajo su mesa de trabajo había armado su depósito personal, y por cada cinco kilos de cobre que obtenía se guardaba uno. Rotk tenía la conciencia limpia, entregaba tanto cobre como cualquier moledor. Así valía la pena soportar el calor y la deshidratación, entre más moliese más rico sería. Sus compañeros tomaban el descanso del mediodía y él seguía moliendo menas, pero al final del día sentía la diferencia haciendo peso en el bolsillo.

Rotk estaba casi seguro que ninguno de los moledores conocía su secreto, aunque probablemente si lo supiesen, tampoco dirían nada. Pues la mayoría provenía de otras tierras, como él, y no sentían lealtad alguna hacia el Conde Cemerton.

Acababa de partir una mena en dos cuando el vértigo lo tomó por sorpresa. Uno de los guardias de Ciudad del cobre se veía en la lejanía, cabalgando en su dirección. Reaccionó rápido y cubrió su depósito personal con un trapo que tenía a mano. El guardia iba con armadura de bronce, el color de la familia Cemerton. El calor lo debía de haber castigado también a él, pues se había sacado el casco y lo llevaba atado a un costado.

Ante la inesperada visita, los moledores en forma casi instintiva fueron agrupándose para recibirlo. Rotk se les unió. El guardia se bajó del caballo, el animal estaba agotado pese a lo cerca que estaban de la ciudad.

-Moledores, lamento interrumpir de esta manera pero tengo órdenes de escoltarlos inmediatamente a Ciudad del Cobre, estamos en guerra- No parecía importarles la opinión de los moledores.

En seguida un murmullo llenó el lugar.

- ¿Qué pasó?-preguntó uno de sus compañeros, con cierta timidez ante

el hombre de bronce.

-¿En guerra con quién?- preguntó otro. Un leve murmullo se levantó entre ellos.

-El Duque Redwil quiere expropiarle las Tierras Rojizas a los Cemerton, viene de camino con todo un ejército. Debemos irnos cuanto antes, nos esperan en la ciudad- insistió el guardia-Tomen lo que puedan cargar y vámonos.

Rotk se llenó de impotencia, su depósito personal estaba casi lleno. Obviamente no podía llevarlo con él. Puso sus herramientas en un viejo saco y por primera vez en el día se relajó, ¿Qué otra cosa podía hacer? Poco le importaba la guerra al decir verdad. Quizá, cuando terminara, su cobre seguiría ahí, esperándolo.

Ninguno de los moledores opuso resistencia a marchar, cuando el guardia de bronce terminó de beber agua y mojarse la cabeza, ellos ya estaban organizados, así que partieron hacia Ciudad del Cobre. A Rotk le era inevitable no voltear cada tanto, mirando con angustia sobre sus pasos. Todavía seguía siendo rico, pero ahora lo era menos, exactamente por doce kilos.

Capítulo 3

Capítulo 1

Herodes se estaba impacientando. Daba golpecitos con los dedos a la mesa siguiendo algún tipo de ritmo improvisado, que ni el terminaba de tener en claro. El golpeteo cesó cuando su hermano menor y primer espada, Reyer Cemerton, abrió la puerta de su aposento. Reyer puso cara de asombro al ver a todos los integrantes de la Corte ya sentados, cubriendo los costados de una mesa antigua y larga, testigo de un centenar de acalorados debates. Era de esperar que hoy no fuera la excepción.

-Señores... Herodes - los saludó haciendo un ademán con la cabeza, Herodes le devolvió el gesto-Disculpen la tardanza, el chico que mandaste a buscarme no podía encontrarme- se excusó, mientras caminaba hacia su lugar correspondido en aquella mesa, a su derecha.

Él estaba sentado en la punta, pues Herodes era el Conde de las Tierras Rojas. Su hermano, como siempre, vestía su reluciente armadura. Aquella que había sido forjada por uno de los mejores herreros del mundo, venía de Meyeter, la capital. Ciertamente había dejado una fortuna en aquel acero, pero la armadura en sí podía considerarse una obra de arte. Si en algo coincidía con Reyer, era en darle importancia a la imagen que vendían las personas, sobre todo en el ambiente de la nobleza. Y la primera impresión era la que entraba por los ojos. La segunda cosa en la que concordaba con su hermano era en el color de la vestimenta, Reyer vestía acero y él tela, pero ambos llevaban el color del cobre.

A la izquierda de Herodes se encontraba sentado el maestro de la información, aquél era el nombre elegante que usaban para referirse a los espías. Pero Filomeo era más que un simple espía para él, también era el hombre en quien más confiaba después de Reyer. Al lado de Filomeo se ubicaba el maestro de la moneda, su tío Urelo. No era su tío realmente, pero su padre y él habían sido como hermanos, resultaba irónico que hasta se parecieran físicamente. Urelo los había tratado a él y a sus hermanos como a su propia sangre, el sentimiento era mutuo. El Conde tenía treinta y dos años, su tío le llevaba veinte, pese a esto compartía su buen gusto por la vestimenta haciendo gala de un jubón de terciopelo color verde pino, tonalidad que según él estaba de moda en la capital. Herodes no podía dar fe de aquello, las modas tardaban en llegar a las Tierras Rojas.

Finalmente, frente a su tío Urelo se encontraba el maestro de la escritura, un hombre encargado de los asuntos legales y la diplomacia. Conocidos vulgarmente como letrados, debido a que en tiempos de antaño era difícil encontrar quien supiera leer y escribir, pero los pocos letrados que había en aquel entonces se dedicaban a esta tarea. El letrado vestía todo de negro. Zapatos, pantalones y su ajustada camisa pegada al cuerpo hacían juego con sus ojos. Además, al igual que Herodes, llevaba la barba prolijamente recortada.

-Entonces, ¿de qué me perdí?- Preguntó Reyer con la mirada en el sobre que estaba en la mesa. El sello de la familia real partido en dos.

-De una espera aburrida con pocas palabras, nuestro Conde insistió en esperarte antes de comenzar- Respondió el maestro de la escritura.

-Evidentemente noticias de la capital- Herodes no sabía si su hermano afirmaba o preguntaba.

El Conde tenía la carta en sus manos, la última palabra del Rey.

-Llegó esta mañana, pero fue enviada hace ya seis días. Son malas noticias.

-¿El Rey se negó a concederte el juicio? Pero si está en nuestras leyes- El maestro de la escritura parecía sorprendido de aquello, a decir verdad era un joven crédulo, por demás arrogante.

-No solo se negó- Herodes le tendió la carta- El Rey se lavó las manos en el asunto, le dio permiso a los Redwil para iniciar la guerra.

El letrado carraspeó su garganta y comenzó a leer:

A Herodes Cemerton, Conde de Las Tierras Rojizas

Como bien sabe, Malnik Redwil, Duque de Oreneit, lo acusa de asaltar una de sus caravanas y apropiarse de una parte considerable del impuesto real. Le informo que, como corresponde, el Duque se hizo cargo del tesoro faltante, cumpliendo así su obligación ante mí, su Rey. Su maestro de escritura vino hacia aquí para encontrar una solución al asunto, también lo hizo el letrado del Duque Redwil. Ambos contaron dos historias muy distintas que solo comparten un fragmento, el Duque dejó de reconocerlo a usted como Conde de las Tierras Rojizas, transfiriendo el título a su hermano, Bekson Cemerton. Sin embargo, usted se negó a abandonar su posición alegando que todas las acusaciones en su contra son falsas, una rebelión pacífica, como yo lo veo.

Por su parte tengo la petición de organizar un juicio aquí, en la capital. Por parte del Duque Redwil, se me pidió que interceda para facilitar la

revocación del título. He decidido que Malnik no tiene pruebas suficientes para culparlo de tal acusación, no obstante, él es su señor y le debe por ello fidelidad, aunque esta conlleve abandonar su título de Conde. Por el bien del reino he decidido no intervenir en el asunto, permitiendo al Duque Redwil tomar las armas si lo considera necesario. Sin embargo, no dejaré que todo el Reino Libre sangre por esto, el conflicto no saldrá del Ducado de Oreneit, no permitiré alianzas fuera del ducado ni la agresión a civiles. A fines que el problema no pase a una escala mayor, no quiero mercenarios involucrados. Mientras cumplan con mi palabra, no intercederé. Mi consejo, Herodes, es que dejes lugar a tu hermano, si no lo haces por ti, piensa en tu pueblo. Espero encuentre esta decisión justa, al igual que yo.

Selmar Senes,

Rey en el Reino Libre.

-Esto es absurdo- Reyer estaba indignado- No tenemos nada que ver con el ataque a la caravana y el Rey debería saberlo.

-Lo sabe, pero le conviene no saberlo- aclaró Filomeo, el maestro de la información.

-Es que la historia de Redwil no cuadra, hace ya casi cinco años que el Rey compra nuestras armaduras de bronce, debe tener suficientes para vestir a todo hombre en el Reino Libre pero sigue comprando. Nuestra familia nunca fue más rica, ¿con qué sentido haríamos tal cosa?

-Ambición- Contestó el Conde en seco- La misma ambición que tiene un rey por conquistar territorios. La de un duque por apropiarse de la emergente economía de un leal vasallo. Y la ambición de un hermano, al traicionar su propia sangre con tal de obtener un título.

-¿A qué te refieres con que "le conviene no saberlo"? -el letrado se había quedado pensando en las palabras de Filomeo.

-Bueno, es más que evidente, solo hay que analizar los hechos. Tal como dijo Reyer, hace años que la corona gasta fortuna en la formación de un ejército imponente, para bien o para mal, el Rey va a ir a la guerra próximamente. Necesita estar en buenos términos con el Duque Redwil.

-Pero... ¿Guerra contra quién... por qué motivo?

-El motivo siempre es económico aunque se lo disfrace con algún falso alegato- el espía le explicaba al letrado como si fuera un niño- Y nuestro amado Selmar ya demostró que ni siquiera se esfuerza por armar una coartada creíble. ¿Con quién entraremos en guerra? Es la pregunta que se hacen todos los nobles del mundo pero la que menos nos importa en este momento, para cualquier guerra el Rey necesitará el apoyo de sus duques

y por eso permite esta barbaridad.

Herodes observaba como todos sus consejeros empezaban a encajar las piezas, dio un momento para ello. Él ya tenía el rompecabezas completo desde que el Duque Redwil lo había desacreditado como Conde, con su leal Filomeo habían desentrañado el secreto a base de múltiples noches de insomnio, juntos.

El pez grande veía al pequeño crecer y decidió tratar de comérselo antes que fuera demasiado tarde. Posiblemente, el Rey estuviera al tanto de todas las mentiras, y decidieron venderlas como verdades solo porque así les convenía a ellos.

-Si las intenciones del Rey son entrar en guerra próximamente, entonces es absurdo que permita una guerra interna en este momento, todos los caídos del ejército Cemerton y Redwil son bajas para el ejército real.

Su tío, el maestro de la moneda, mostraba cierto orgullo en señalar aquella objeción, como si estuviera tirando una torre de teorías y suposiciones de un solo manotazo.

-Lo que sucede, es que el Rey da por supuesto que no va a haber ninguna baja- Se apresuró a refutar Herodes- Reyer, ¿Con cuántos hombres contamos para ir a la guerra?

-¿Hombres que puedan llamarse soldados?...Hmm no más de quinientos- Respondió con cierta frustración, en los últimos cinco años la población en las Tierras Rojizas se había triplicado debido a su emergente economía, pero Reyer había fracasado en su tarea de incrementar tropas.

-Lo sé, Selmar Senes puede ser un idiota como Rey, pero es un idiota bien aconsejado, y también lo sabe. Solamente el Duque Redwil tiene dos mil hombres y, según los informes de Filomeo, lo acompaña ahora mismo el Conde Orenon con dos mil más.

Nuevamente dio unos segundos para que asimilaran la gravedad de la situación. Nadie parecía querer tomar la palabra.

-No podemos ganar esta guerra- Declaró su hermano con la cabeza gacha.

-No, no podemos. El Rey, el Duque y nuestro querido hermano esperan que rinda pacíficamente el castillo con la esperanza que me dejen conservar la cabeza. Actualmente tenemos la misma fortuna que los Redwil y muchos menos gastos, podríamos contratar mercenarios y emparejar la situación, pero convenientemente para él, el rey lo ha

prohibido expresamente.

-Si la gente se sintiera acorralada por cuatro mil hombres que vienen a quemar sus casas y matar a sus familias, posiblemente tomarían una lanza y pelearían con la valentía que genera el miedo- Complementó Filomeo- Pero claro, el rey fue muy claro con respecto a atacar civiles- Dijo resaltando la ironía en cada palabra- Por lo que nadie tiene motivos para empuñar una lanza y morir.

-Así que somos quinientos- Concluyó Herodes, determinante- Ustedes siempre me han servido bien, creo que cuando tuvieron que ser frontales conmigo lo fueron, por eso están acá sentados. Mis buenos consejeros, aconséjenme.

-Bekson forma parte de toda esta conspiración, sé muy bien que nos traicionó- Su hermano y primer espada tomó la palabra- Pero él no va a permitir que te maten, Herodes, es tan hijo de padre y madre como nosotros. No llegaría a eso.

-Siempre has sido el más ingenuo de los tres, por eso eras el consentido de nuestro padre- dijo Herodes soltando una carcajada fingida- Entonces, ¿ese es tu consejo, que me rinda dócilmente ante la injusticia y la traición?

-Y tú siempre has sido el más terco de los tres. Nos superan ocho a uno y no tenemos como aumentar nuestras líneas. No podemos vencer, Herodes.

-Ni bien llegó esta carta tuve que actuar rápido- Herodes no iba a responder ante las provocaciones de su hermano- veinte jinetes están ahora recorriendo las minas y pueblos de las Tierras Rojizas dando aviso de la guerra, ofreciendo amparo dentro de la ciudad para toda la población. Me pareció conveniente pasar por alto que no corren peligro, en las Tierras Rojizas solo nosotros estamos al tanto de ese detalle.

-¿Les mentiste?-Como siempre, Reyer parecía sorprendido- ¿Cuánto crees que puede durar?

-Lo suficiente si ninguno de ustedes abre la boca, ordené a los guardias que no dejen salir a nadie por su propia seguridad, a final del día deberían estar llegando dos mil personas a la ciudad- Herodes sentía vergüenza de haber tomado tal decisión, pues odiaba las barreras. Pero también sabía que era necesario para su plan- Entrenarás a todo voluntario que quiera ayudar a defender su tierra.

-Lo que propones es mínimamente deshonesto, Herodes- El maestro de

la escritura estaba guardando otras palabras para sí.

-Lo sé, y por eso están acá. Quiero escuchar una mejor idea para vencer.

-Mi conde- dijo el maestro de la moneda, con una suave voz- El próximo verano serán ya veintiséis años ocupando este asiento, es un honor que mi palabra siga siendo valorada. Te conozco a ti, y a tus hermanos, desde la cuna. Los vi jugar, los vi entrenar y los vi crecer. Mi buen amigo Alonto se volvería a morir si viera como sus hijos quieren arrancarse los ojos entre sí, pero debo ser sincero con usted. Su hermano lo matará a la primera oportunidad que tenga. Y quizá a ti también Reyer, para no dejar cabos sueltos- le dirigió a Reyer una mirada gélida, por un momento era el rostro de su padre- Tengo una idea que puede salvarlos a los dos, ¿Qué sabemos de los movimientos del Duque, Filomeo?

-El Duque Redwil y el Conde Orenon ni siquiera se conocen- el espía tomó la posta- Posiblemente el Conde haya venido bajo la promesa que no caerá ni una gota de sangre en las Tierras Rojizas, y porque tampoco podía negarse, claro- El espía hablaba con la confianza de quien calla más de lo cuenta, siempre dos jugadas adelante- Tengo entendido que están a un día de llegar a la cordillera divisora, el duque viene por el este y el conde por el oeste, viajaran por separado cubriendo ambos caminos para evitar cualquier intento de huida. Recién combinarán ejércitos aquí, en las Tierras Rojizas.

-Entonces el escape deja de ser una opción- Señalo el letrado- Solo se puede acceder a las Tierras Rojizas por los dos caminos que rodean la divisora.

-No necesariamente, todavía pueden salvarse- Se apresuró a decir su tío- Las Tierras Rojizas están rodeadas por montañas, es cierto, pero hay senderos en ellas que permiten el pasaje, senderos poco conocidos.

-El letrado está en lo correcto, escapar no es una opción- Recalcó Herodes con firmeza- Urelo, sé que tus intenciones son buenas. Sé que nos quieres cuidar, pero tú más que nadie sabes que mi padre no me crió como a un cobarde.

-Tienes razón, Herodes. Él te enseñó a usar la cabeza, a ser objetivo y poder admitir cuando estas derro...

-¡Suficiente!- Le habían hecho perder la paciencia, sus consejeros no tenían mejor idea que rendirse o correr- Vete de la habitación, te haré saber si te necesito- ordenó sin poder mirarlo a la cara, pues se sentía incómodo ejerciendo tal autoridad hacia alguien tan cercano.

El maestro de la moneda se retiró a paso lento, no parecía ofendido, sino más bien consternado. La habitación quedó en silencio salvo por el chillido de las bisagras al cerrarse la puerta.

-Reyer, necesito que te pongas ya a formar tropas, un entrenamiento básico de lanza y escudo para los hombres de la ciudad.

Su hermano se paró, lo miró unos segundos a los ojos. Esa mirada preguntaba "¿En serio?". Se fue sin decir palabras, el tintineo de su armadura habló por él.

Era obvio que sus allegados no avalaban las decisiones que estaba tomando, pero Herodes no avalaba la derrota, menos la injusticia.

Allí quedó el Conde, a solas con su espía y el letrado, mientras ellos esperaban que rompiera el silencio, era su deber. Se levantó a tomar aire contra la ventana, sus aposentos ofrecían un impresionante paisaje.

Al mirar hacia abajo pudo ver a los dos guardias que custodiaban la entrada al castillo, no estaban posando como dos estatuas de mármol, cosa que si podía verse en otros lugares, sino que reposaban bajo un toldo tratando de escabullirse del sol. Subiendo la mirada, avanzaba la calle principal de la ciudad, una de las pocas en estar adoquinadas en su totalidad, abarrotada de sólidos edificios a sus costados. Al final de la calle, podía ver un tumulto de gente posiblemente enojada, pero por sobre todas las cosas, con miedo. Eran diez los guardias que custodiaban la puerta de la muralla, asumiendo la difícil y desagradable tarea de arrebatarse la libertad al pueblo. Aunque había sido el propio Herodes el responsable de ello, en ese momento no le hubiera gustado estar en ninguno de esos diez pares de botas.

Si elevaba más la cabeza, veía la segunda ciudad, aquella que se había formado de manera improvisada rodeando a la primera. Pues en los últimos años la población se había triplicado debido a la excesiva demanda del bronce, y la gente proveniente de lugares aledaños, que no había encontrado un techo dentro las murallas, había levantado el propio frente a ellas.

Sin embargo, lo que hacía a aquella vista digna de un cuadro, era lo que se encontraba pasando la ciudad. Un gigante de piedra se alzaba dividiendo el valle en dos, la cordillera divisora. Caprichosa e imponente, daba forma a los únicos accesos que conectaban con las Tierras Rojas.

Un grito no muy lejano lo sacó de su meditación, provenía de las puertas del castillo.

-¡Esto es ridículo!, ya te dije que no vivimos en el ducado de Oreneit, no

es nuestra guerra.

Quien portaba la voz era un hombre colorado de unos treinta años, tenía todo un séquito de personas atrás, hombres, mujeres y niños. Evidentemente todos le brindaban su apoyo en silencio, dejándolo discutir.

-Entonces, te pregunto nuevamente ¿A qué ducado pertenecen?- Preguntaba el guardia en un tono por demás calmo, si no lo conociera hubiera pensado que lo hacía a propósito solo para enfurecer más a aquel hombre. Pero Sir Bronell era realmente así.

-A todos los ducados del Reino Libre- Respondió el colorado, dándole énfasis a cada sílaba- Somos las máscaras de plata, no puedes decir que no nos conoces.

Sir Bronell dijo algo más, pero su calmo tono de voz no le permitió escuchar. Las máscaras de plata, se trataba de una compañía de actores que viajaba por todo el reino exponiendo su arte. Maestros de la actuación, ¿Y, porque no del engaño?, la diferencia entre ambas era solo el contexto. Herodes se apartó de la ventana con esperanzas, ¿Podía ser la última pieza, aquella que diera sentido a su plan?

-Maestro de la escritura.

-¿Si, mi Conde?

-Necesito que bajes en representación mía e invites a las máscaras de plata a pasar, a todos ellos. Que se pongan cómodos, bajaré en un momento.

-Enseguida, ¿Los llevo al vestíbulo principal?

Herodes asintió con la cabeza y el letrado marchó. Ahora estaba a solas con Filomeo, que se había parado a observar la situación por la ventana.

-¿No salió como esperabas, verdad?- preguntó con la vista todavía en el exterior.

-Sabía que Urelo y Reyer no se lo tomarían bien. Lo importante es que colaborarán.

-Pareces muy seguro de eso, no sería la primera vez que te traicionan.

-Reyer no es Bekson. Conozco a mi familia-Las insinuaciones de Filomeo no le gustaron nada.

Tras meditar unos instantes, el espía quitó la vista del paisaje y lo miró fijamente.

-Si tanto confías en tu familia, ¿Por qué me pediste que mintiera?

-Ocultar no es lo mismo que mentir... Hay cosas que no pueden explicitarse, ellos ya conocen los rumores. Y sobre todo me conocen a mí, no son estúpidos.

-Puedes disfrazar la mentira como te parezca, pero el Rey no permite esta guerra para ganarse el favor del Duque Redwil-Herodes odiaba cuando Filomeo le llevaba la contraria, porque generalmente terminaba perdiendo.

-El Rey necesita el apoyo de todos sus duques si quiere entrar en guerra a futuro, eso no es una mentira.

-Reyes, Duques, Condes... Todas son piezas individuales que pueden reemplazarse con facilidad, si se tiene el poder necesario. El único apoyo que necesita el Rey es el de su pueblo, ¿Y quién es el pastor que mejor conduce al rebaño?

-La iglesia- Admitió Herodes a regañadientes, ya habían discutido sobre lo mismo anteriormente. Por más que quisiera negarlo, era cierto, era la iglesia quien más lo quería muerto. Pero no podía decirle eso a su familia, por más que fueran las personas en quien más confiara.

No se habló más del asunto.

Herodes debía acudir a la reunión con las máscaras de plata. En silencio, comenzó a arreglarse el jubón cobrizo. <<La imagen lo es todo>>. Para ello, contaba con un espejo de bronce pulido de casi dos metros de alto. Otra obra de arte, pero esta vez el artista era un herrero de las Tierras Rojas, por lejos eran los más calificados trabajando aquel metal.

Nobles de todo el mundo encargaban sus espejos y dejaban una fortuna por ellos, los más ostentosos pedían que el elaborado marco fuera de plata. Algunos incluso habían ordenado que el marco también tuviera incrustaciones de Ismio, el Rey había sido uno de ellos. Todos ostentaban como muestra de poder, pero Herodes lo hacía de una manera distinta. El bronce le daba la ropa que vestía, la comida que comía y el techo bajo el cual dormía. Su fuente de poder estaba ahí, y el marco de su espejo era de bronce, no podía ser de otra manera.

-Listo, ¿Cómo me veo?- En cuanto a vestimenta se tratara, Herodes siempre necesitaba la aprobación de alguien.

Filomeo se acercó, puso ambas manos sobre sus mejillas, estaban frías. Le dio un beso suave.

-Luce esplendido, mi Conde.

A Herodes se le escapó una sonrisa de satisfacción, y esta vez fue él quien lo besó. Por un momento, la discusión de hace instantes no había existido.

-Perfecto, debo irme entonces.

-¿Qué tienes planeado para esta guerra, Herodes?, todavía no me lo dices.

El Conde se tomó un momento antes de responder, la tensión volvió.

-Durante toda mi vida me vi obligado a fingir ser alguien que no soy, solo de esa manera pude conseguir lo que tengo- Herodes se abrió de brazos enseñándole la habitación- Veintisiete años fui un sumiso, tratando de cumplir con cada expectativa que mi padre tenía para su heredero. Una vez muerto, me animé a tomar un poco de la libertad que me merezco, ¿Y qué obtengo como resultado?- Por primera vez Filomeo no tenía palabras que decir- Rumores se propagan como la peste y la puta iglesia complota con el puto Redwil para expropiarme mis tierras. ¡Oh, y no olvidemos que el puto de mi hermano también está detrás!, él nunca pudo convivir con la idea de que su hermano mayor, aquel que tanto admiraba, disfrutara de un calor distinto bajo las sábanas.

Ni el propio Herodes sabía con seguridad hacía cuanto se estaba guardando todo aquello.

-Así que, ¿Cómo vamos a ganar esta guerra? Pues fingiendo, es lo único que se me da bien.

Herodes abandonó la habitación sin esperar respuesta de su amante, estuvo muy cerca de quebrarse y romper en llanto, pero ese no era un lujo que pudiera permitirse. Se había sacado el disfraz del Conde Cemerton por un instante, pero era momento de volver a ponérselo para la reunión con las Máscaras de plata, quienes al igual que el resto del mundo descubrirían que tan buen actor podía llegar a ser.

Capítulo 4

Capítulo 2

El sol se estaba escondiendo en las Tierras Rojizas, en ese momento cielo y tierra compartían un mismo color. Debían actuar de inmediato si querían tener una oportunidad. Herodes caminaba a paso firme con su leal espía siguiéndolo, iban hacia una pequeña tarima de piedra ubicada en la plaza de la ciudad, el pueblo entero esperaba su presencia, o más bien sus explicaciones. Ellos necesitaban a su Conde, tanto como Herodes a su pueblo. Era bien consiente de sus posibilidades, pero sin importar lo que creyera tenía que transmitir optimismo. La raíz de toda hazaña era creer en que podía realizarse.

-¿Me consideras un buen espía, Herodes?-Preguntó Filomeo, el alboroto de la ciudad permitía una conversación privada.

-Supiste de esta guerra incluso antes de que sucediera, sin duda lo eres.

-¿Por qué crees que lo soy, entonces?-El maestro de la información siempre era impredecible, no sabía a dónde quería llegar. Ante el silencio de Herodes, prosiguió- Cada información que te presento esta corroborada mínimo por tres fuentes, y generalmente vienen acompañadas de pruebas. Solo así se consigue cierto grado de certeza.

-En general lo que me dices, sucede. Como si fueras algún tipo de vidente- Bromeo Herodes.

-Es un alivio que confíes en mi de esa manera, porque hay algo que debes saber- El espía parecía preocupado- Si cruzas esa muralla, morirás.

-¿A qué te refieres?

-Me temo que no tengo fuentes ni pruebas esta vez, pero de alguna manera lo sé. No es solo un presentimiento, Herodes, te juro que lo sé.

Herodes meditó las palabras de su amante por un instante. ¿Era la voz del miedo o de la razón la que escuchaba? Desde que le había contado su plan, Filomeo estaba empeñado en encontrarle fallos.

-No tengo otra opción, Filomeo. Debo ser yo, solo así puede funcionar.

-¿No sería más sensato que Reyer lidere la marcha? Tú no sabes nada

sobre montañas.

-Y Reyer no sabe nada sobre mentiras. De montañas tampoco, por cierto. Pero es el mejor comandante militar que conozco y debe quedarse aquí, con el grueso de nuestro humilde ejército.

El alboroto del pueblo se hacía notar. Herodes había ordenado a sus tropas que lo escoltaran hasta la plaza, cincuenta de ellos marchaban coordinados, dejándolo a él en medio de una figura rectangular. No estaba demás ser precavido en tiempos donde el miedo y la bronca eran moneda corriente. Cincuenta más esperaban en la plaza, asegurando el lugar.

-Entonces, ¿vas a aparecerte sin descaro ante el Conde Orenon? ¿Qué pasa si no te creen? ¿Qué pasa si tu hermano esta con él? ¿Qué pasa si las máscaras de plata te traicionan?- Aquella última pregunta lo incomodó, pues era lo único de lo que no estaba seguro.

-Bekson estará con el Duque Redwil, entregándole la poca dignidad que le quede con tal de ganarse su favor. Eso no es problema... ¿No dijiste que estabas seguro sobre las máscaras de plata?

-Dejaste a sus mujeres e hijos encerrados en un calabozo, todos tienen motivos para querer ver tu cabeza en una pica- Explicó Filomeo con su gesto exagerado de obviedad- Pero hablé con ellos, saben de sobra que si te traicionan sus familias morirán, así que no, lo más probable es que no lo hagan.

-No los arrojé en un calabozo a su suerte. Tienen camas, comida durante todo el día-El fin no justificaba los medios en este caso, Herodes era consciente de la atrocidad que había cometido- Solo serán dos días.

-No te estoy juzgando, era una decisión difícil- Si no hubieran estado los cincuenta guardias y la multitud mirándolos, seguramente Filomeo lo hubiese abrazado-No había manera más eficaz de asegurar la lealtad de esos hombres...

-Prométeme que no pasarán necesidades. Si algo llega a pasarme allá afuera, libéralos- Filomeo asintió con la cabeza, probablemente seguía pensando en cómo convencerlo de quedarse en Ciudad del Cobre- Que sea nuestro secreto, Reyer no puede enterarse jamás.

-No hace falta que lo digas, sabes que entre nosotros siempre es así, pero hubo guardias involucrados...

-Vendrán conmigo a la cordillera, compraremos el silencio de quien esté vivo mañana por la noche. Si es que yo todavía lo estoy, claro- Herodes no había dedicado muchos pensamientos a la posibilidad de su muerte, pero si así debía ser, ¿Qué mejor manera que luchando por una causa

justa?

Los cincuenta guardias que preservaban el predio los vieron llegar y les abrieron el paso. Los escoltas se unieron a los que ya estaban para formar una sólida defensa de cien hombres. Herodes subió junto a su espía a la tarima y el murmullo aumentó.

<<No seré víctima de sus miradas acusadoras, ya no>>.

En la tarima aguardaban su madre y hermano, era costumbre la presencia de la familia cuando había que comunicar algo importante al pueblo. A un costado también estaba su tío Urelo, no lo había visto desde la discusión en sus aposentos. Hubo una mirada cómplice entre los dos, ¿de arrepentimiento, quizá?

Con Reyer se había encontrado horas atrás, mientras trataba de convertir mineros y campesinos en soldados respetables, tal como le había pedido. Obviamente su hermano no podía hacer magia, tendría suerte si al finalizar el entrenamiento de mañana los hombres eran capaces de empuñar una lanza como correspondía. La primera espada seguía ofendido por su decisión de engañar al pueblo, pero ya se le pasaría, como siempre.

Herodes respiró hondo, como si el valor fuese algo que se encontrara suspendido en aire.

-Ciudadanos de las Tierras Rojizas- Anunció en un tono solemne.

El murmullo fue apagándose poco a poco, cual fuego quedándose sin oxígeno.

-Ciudadanos de las Tierras Rojizas- repitió- Como ya se habrán enterado, estamos en guerra. Es importante que todos estén al corriente de lo que está pasando. Mi hermano, Bekson, ha traicionado al pueblo. Conspiró con el Duque Redwil para expropiar las Tierras Rojizas, y en este momento cuatro mil hombres están de camino trayendo caos, muerte y odio- Herodes contuvo las palabras por un momento, el murmullo floreció levemente- Ni bien me enteré lo que pasaba mande emisarios a cada uno de los pueblos, hicieron bien en venir. Mientras podamos dar batalla, todos ustedes estarán protegidos dentro Ciudad del Cobre, eso se los aseguro.

Miles de personas estaban pendientes de sus palabras. Por más buen actor que fuera, nunca había tenido un público tan grande. La población en las Tierras Rojizas se había triplicado, frente a él estaba la prueba. Pero no podía intimidarse ahora, Herodes respiró hondo y continuó.

-Sin embargo, solo podremos sobrevivir a esta invasión si trabajamos juntos, la única manera de repeler al Duque Redwil es peleando hombro a hombro, como hermanos que somos, porque todos somos hijos de la misma tierra roja- Venía entonces el momento más importante de su discurso, solo de sus palabras dependía el tamaño del ejército- Esta no es una guerra entre mi hermano y yo, eso se solucionaría muy fácil. Esta guerra es entre los Redwil y cada uno de ustedes. Vienen acá a someterlos, a matarlos. Les puedo asegurar que si ellos vencen dejarán con vida a no más de la mitad de ustedes, para poderlos controlar con facilidad. Y los pocos que queden vivos quedarán en la pobreza, les arrebataran todo lo que juntos venimos construyendo desde hace ya diez años. Por eso, no les pido que peleen por mí, eso sería egoísta- Herodes hizo mucho énfasis en esa última oración, pues era la base de lo que quería transmitir- Es por ustedes mismos que deben tomar con fuerza la lanza, y demostrarles de que estamos hechos en las Tierras Rojizas. No obligaré a nadie a luchar, y sé que es un momento difícil para ser valiente. Pero no queda más opción más que serlo, porque si le dan la espalda a su tierra, entonces ya estamos derrotados.

Su voz había salido firme, así tenía que ser. Era el Conde Cemerton. Sin embargo, Herodes por dentro temblaba. Máscaras.

La plaza había quedado en un silencio absoluto y la gente le esquivaba la mirada, como si fuera un moribundo roñoso caminando por la ciudad.

Un hombre de tés morena se abrió paso entre la multitud, se quedó firme frente a la tarima, mirándolo fijamente.

-Por nuestra tierra, Conde Cemerton- Declaró.

-Por nuestra tierra- Reafirmó- Eres valiente.

-Por nuestra tierra- Dijo un segundo hombre de ancho torso, situándose al lado del primero.

<<Hombro con hombro>>

Luego un hombre que estaría llegando a sus sesenta años, se les unió. Y ese fue el detonante, ¿Qué clase de cobarde sería el resto, si aquel hombre estaba dispuesto a luchar y ellos no? El efecto domino se hizo a sus pies.

A los pocos segundos ya eran más de diez, "Por nuestra tierra" vitoreaban. El cántico fue escuchándose cada vez más fuerte, más voces se iban uniendo. Alrededor de cien personas estaban dispuestas a morir por defender su tierra. Y al final, después de mucho gritar, fueron

quinientos.

Su pueblo estaba entusiasmado, tenían algo en que creer, al igual que él. Pero entre tanta euforia alguien se mostraba serio, su hermano no podía tolerar aquello, se le notaba en los gestos. Quizá estaba llevando quinientos hombres a su muerte, y todo en base a una mentira. Su sentido de la moral le impedía entender que no había otra opción.

Cuando todo se calmó, Herodes explico abiertamente como enfrentarían al Duque Redwil. Atacarían por ambos frentes, vanguardia y retaguardia conocerían el poder del cobre. Por eso era imprescindible partir de inmediato.

Solo tardaron una hora en terminar los preparativos. Trescientos guardias experimentados acompañaban a Herodes hacia la cordillera. El resto de ellos, se quedaba junto a los quinientos voluntarios en la ciudad, mañana aprovecharían el día para un entrenamientos básico, pero eficiente.

La gente fue amontonándose a los costados de la calle principal, Herodes nunca había escuchado tanto ruido en Ciudad del Cobre, era hambre de victoria el que se sentía. Iba a la cabeza de los trescientos hombres, como si fuese algún tipo de desfile. Detrás de él, las máscaras de plata le seguían el ritmo, eran la clave de su plan. Por más extraño que le pareciera, disfrutó ese momento y por primera vez sintió "el amor de su pueblo", aquel al que tanto se refería su padre.

No obstante, aquella sensación de plenitud se desvaneció al notar que no quedaban personas por delante, acudió a él un pánico repentino.

No temía la traición de las máscaras de plata.

No temía que su hermano estuviera con el Conde Orenon.

Ni siquiera temía porque los superasen cuatro veces en número.

Lo que realmente le había paralizado el corazón, era que acababa de cruzar la muralla. Y Filomeo nunca se equivocaba.

Capítulo 5

Capítulo 3

El viaje había sido agotador. Fueron ocho horas de marcha atravesando la cordillera en su longitud, pero ahí estaban. Seguramente habría sido peor si Deoj no hubiera estado ahí para guiarlos, la mujer canosa conocía la cordillera como a la palma de su mano. Según le había contado a Herodes, había vivido prácticamente toda su vida en el cordón montañoso y estaba familiarizada con cada recoveco del lugar. Por eso, cuando todos se detenían por unos minutos a descansar las piernas y recobrar el aire, a Deoj se la veía nueva. También nerviosa.

Si los informes eran correctos, tanto el Conde Orenon como el Duque Redwil estaban a tan solo una hora de viaje, separados por la imponente cordillera. Los dos grandes ejércitos avanzaban con lentitud, pues además del desorden natural en un grupo numeroso, también debían acarrear carros con suministros y pesadas tiendas de campaña. Mientras que Herodes y los trescientos hombres habían podido moverse con cierta agilidad, cada cual era responsable por su bolsa de dormir y llevaban provisiones para no más de un día.

La moral entre los suyos no era la mejor, la cordillera se mostraba completamente hostil.

En ese momento era entrada la madrugada, el humilde ejército Cemerton se organizaba para dormir algunas horas, debían descansar tanto como pudieran para lo que venía. Las máscaras de plata y Herodes no podían permitirse tal cosa, y aunque estaba cansado aquello no le molestaba, de todas maneras no hubiera podido conciliar el sueño.

Herodes, junto a tres de las máscaras, vestía con el uniforme de los soldados Redwil. La coraza de acero negro con detalles en azul oscuro, los colores del Duque. Su herrero de confianza en Ciudad del Cobre las había forjado para la ocasión. Por otro lado, los cuatro actores restantes del grupo llevaban los colores del Conde Orenon.

-¿Seguro que no prefiere que lo acompañe, Conde Cemerton?- Deoj se había mostrado servicial desde un comienzo, aunque su nerviosismo le llamaba la atención.

-Gracias, pero no. Sería peligroso para todos si te llegaran a ver- la guía respetó la decisión en silencio- De todas maneras, supongo que el

descenso será más sencillo, ¿No?

-No estamos muy alto y normalmente no supondría problemas. Pero siendo que no hay casi nada de luz, andaría con cuidado, no querrá doblarse un tobillo- Herodes había recapacitado sobre ello, bajarían con antorchas, al menos hasta que comenzara el peligro real.

-Te estoy muy agradecido por esto, en verdad. De no ser por ti todavía seguiríamos a medio camino. Jamás vi a nadie con tal sentido de la orientación.

-Fue un honor servirle, mi Conde- El nerviosismo de la mujer rozaba lo intolerable.

-¿Pasa algo, Deoj?

-Me preguntaba... ¿Alonto nunca te hablo de mí, acaso?

-Me temo que mi padre se llevó muchos secretos a la tumba-<< ¿Quién es esta mujer?>>- ¿Por qué debería haberlo hecho?

-Por nada, solo que él me conocía- Durante el viaje, Deoj se la había pasado con la mirada perdida en el entorno, como si estuviera a la expectativa de algo. Sin embargo, aquella última frase la había dicho mirándolo directamente a los ojos.

Sin dudas la guía montañesa tenía varias peculiaridades. Posiblemente el vivir toda su vida en aquella cordillera la había vuelto un poco demente. La mujer había acudido a su encuentro ni bien ellos ponían un pie en la cordillera. Al principio había hecho más preguntas de las que alguien en su posición debería, pero si algo no necesitaba Herodes era otro enemigo, así que le había explicado la situación sin hacerse mucho problema. Entonces, Deoj se lo había pensado algunos segundos, como si ellos hubieran necesitado de su permiso para seguir la marcha. "Yo los guiaré", había concluido.

Por más deschavada que estuviera, le había dado a todo su ejército unas horas extras para descansar. Y eso valía mucho.

-Toda buena entrega debe ser recompensada- Algo que si había aprendido de su padre, era contar siempre con algunas monedas en el bolsillo. Le tendió tres monedas de Ismio a Deoj.

-Oh, no es necesario señor...-La guía parecía sorprendida, como si realmente no esperase una paga-¿Es esto Ismio? Yo nunca vi en mi vida, es muy difícil de conseguir.

-Ismio, sí. Es escaso y por eso vale lo que vale, casi tan escaso como la verdadera lealtad. Tómallo.

-Gracias mi Conde, no era necesario... pero gracias- Deoj apretó con fuerza las monedas y se las guardó.

-¿Puedo pedirte algo más?

-Lo que sea- afirmó.

-Es probable que en algunas horas hombres de los Redwil y Orenon intenten cruzar la cordillera. Dejé instrucciones a mis hombres de patrullarla y cortarles el paso, de la forma que sea. Creo que no existe persona más capaz para guiarlos que tú.

-¡No!- exclamó Deoj, exaltada- No quiero problemas aquí.

-¿Qué es lo que está mal contigo?- Ahora sí lo había sorprendido- Si llegan a cruzar todo el plan se arruinará, miles morirán.

-Aun así, le ruego que no lo haga- La mujer lo tomó del antebrazo, él se zafó de un tirón. No iba a permitir tal irrespetuosidad.

-Si no quieres que mis hombres los atrapen, captúralos tu primero. Te prometo que una vez estén reducidos no sufrirán daños- Dio media vuelta y se fue, antes que el asunto pasara a peores.

Herodes terminó de repasar el plan con los oficiales que quedarían a cargo, era la quinta vez. Garonet, su oficial más cercano, lideraría la marcha. Todo el ejército emprendería el retorno en algunas horas, cuidando el paso de la cordillera. Tras asegurarse que todos habían entendido, les deseó buena suerte a sus hombres. Fue una despedida por demás silenciosa. La clara luz de la luna sacaba brillo a las armaduras de bronce. La próxima vez, los vería en batalla, si Herodes conseguía vivir lo suficiente, claro.

Sin más tiempo que perder, las máscaras disfrazadas de soldados Orenon comenzaron el descenso por el este. Una antorcha para cuatro hombres. Herodes encendió la suya, y casi sin mirar atrás emprendió camino hacia el oeste, acompañado de tres máscaras más. La luz era muy tenue y su rango de visión no llegaba a más de cinco metros. Por desgracia podía distinguir los colores que vestía, aquellos que representaban la traición. Debían moverse con cautela.

El descenso les había tomado más tiempo de lo planeado. Al menos ninguno se había torcido el tobillo, como había dicho Deoj. Aunque en el último tramo, ya cuando andaban a oscuras, había tropezado en varias ocasiones. El viaje silencioso lo mantuvo pensativo, Filomeo tenía razón, las máscaras no le guardaban ningún aprecio. Tampoco lo necesitaba, ya tendría tiempo para enmendar sus errores. Una vez que llegaron a la base descansaron un instante, pero rápidamente emprendieron el último tramo, todavía deambulaban en plena oscuridad.

-Siento que haya tenido que ser de esta manera- Dijo. Pero nadie le respondió.

A los pocos minutos de caminata llegaron. Finalmente se abrió el telón, era hora de actuar. Lo primero en distinguirse fueron las luces de las hogueras en la lejanía, avanzaron sin titubear, ellos no eran enemigos. Poco a poco las siluetas de las tiendas de campaña fueron mostrándose y al final, cuando estaban lo suficientemente cerca, una nube de polvo se levantó. Los caballos acudían a su encuentro.

Cuatro vigías los rodearon con las espadas desenvainadas.

-¿Quiénes son ustedes y que hacen aquí?- Exigió saber quién parecía ser el líder.

Herodes y las máscaras mostraban el aspecto sucio que pretendían vender.

-Somos soldados- Dijo el colorado, sacó su espada solo para tirarla al suelo- Tenemos que hablar con el Conde Orenon, nos han atacado.

-Hemos sobrevivido de milagro-El hombre de bigote también arrojó su espada al suelo-Es urgente.

Los vigías se miraron entre sí, más bien todos miraron al líder.

-Ustedes dos- Dijo señalando a Herodes y a la máscara restante-Sus armas, al suelo.

Sin dudarlo Herodes entregó su arco y la daga que portaba. Nunca había sido bueno con la espada, pero con la flecha no tenía contrincante.

Uno de los vigías recogió todas las armas, y sin hacer más preguntas los escoltaron hasta el campamento. El primer acto había sido brillante, pero la obra recién comenzaba. Herodes deseaba con todas sus fuerzas que del

otro lado de la cordillera las cosas estuvieran saliendo igual de bien.

El campamento estaba completamente en silencio, dos mil soldados descansaban a su alrededor. Mañana tendrían la misión de acabar con su vida. Aguardaron unos minutos fuera de la tienda más alta de todas, los guardias no les sacaron la mirada de encima ni por un instante, finalmente uno se asomó por la puerta y les indicó que pasaran.

Dentro, un hombre con cara de dormido los recibió. Ayem Orenon vestía una túnica de seda amarilla, a juego con su cabello rubio. El joven Conde era por demás apuesto, era esbelto y con rasgos finos.

-Disculpe la hora, Conde Orenon- Se adelantó a decir el colorado- Pero no podíamos esperar hasta mañana, somos...

-Ya sé quiénes son, o más bien quienes dicen ser- Lo interrumpió- La cuestión es si lo que dicen es cierto, o es solo un mal truco para que retroceda con mi ejército. Si es así, están muertos.

Herodes nunca se había planteado la posibilidad de que el joven Conde no se presentara al campo de batalla. Tampoco es que hubiera tenido mucho tiempo para pensarlo, de todas maneras eso no podía pasar.

-¿Cómo puede ser que ustedes estén vivos?

-Bueno, cayeron de imprevisto señor- Respondió una de las máscaras- No estábamos preparados.

-Fue una masacre- Complementó el colorado- Sobrevivimos porque nos pudimos esconder a tiempo. No me siento avergonzado de decirlo, cualquiera lo hubiese hecho.

-¿Qué fue del Duque Redwil?- El Conde Orenon estaba serio, a la espera de algún tipo de incongruencia, no se la darían.

-Fue de los primeros en morir, junto a su hijo- Herodes trató transmitir pena a sus palabras- Y no es solo eso señor, una vez que la masacre terminó empezaron a desvestir a los muertos- Desvió la mirada al suelo, como si no pudiera terminar la oración.

El colorado se le acercó para consolarlo con unas palmadas en el hombro.

-Su hermano no consiguió escapar- explicó- Los hombres del Conde Cemerton comenzaron a vestirse con las armaduras de los caídos. Poco después encontramos oportunidad para escapar por la montaña, no vimos

nada más.

El joven Conde se mostraba desconcertado, no terminaba de tragarse la historia.

-Ya veo... ¿Estas sugiriendo que se harán pasar por soldados Redwil para atacarnos desprevenidos?

-No sé cuáles son sus intenciones, solo cuento lo que vi.

-Suenan muy descabellado. Demasiado- Iba a ser difícil que el Conde mordiera el anzuelo.

El Conde comenzó a dar vueltas por la habitación, con las manos tomadas por la espalda. Definitivamente la noticia lo había despabilado.

-No podemos retirarnos. De ser mentira el Duque Redwil nos tomará por traidores- Le dijo a uno de los hombres armados que estaba en la tienda, por como vestía debía tener un rango alto- Tenemos que avanzar, pero contemplar esta posibilidad.

-Mi Conde, si me permite decirlo, creo que estos son solo cuatro embusteros. Una estrategia desesperada de Herodes Cemerton, no debería tomarlo como más de lo que es. Unas cadenas no vendrían nada mal.

El joven Conde quizá pecaba de ingenuo, pero tenía gente alrededor que sabía complementarlo.

-¿Y si no lo es, Greshof? Debemos estar alerta cuando nos encontremos con el Duque, preparados para la batalla. Si estos hombres dicen la verdad, quien golpee primero vencerá.

El tal Greshof no insistió en su idea. Seguramente de ser por él estarían encadenados, culpables hasta demostrar lo contrario. Eso lo convertía en un hombre inteligente. Para fortuna de Herodes y los demás, no era Greshof quien tomaba las decisiones.

-Ustedes deberán avanzar con nosotros, una vez se sepa la verdad tomaré mi decisión.

-Nuestra intención era unirnos a su fuerza Conde Orenon- dijo Herodes- Queremos vengar a nuestros caídos.

El Conde no aceptó ni se negó a su petición, simplemente los despidió. Todavía quedaban algunas horas para continuar la marcha, así que los cuatro se dispusieron a descansar las piernas en un rincón del campamento. Estaban bajo vigilancia, claro. Intentar escapar sería

estúpido, pues automáticamente su mentira se vendría abajo.

Casi inmediatamente Herodes vio a un grupo de soldados partir, encaminándose hacia la cordillera. Era un grupo de cuatro. Resultaba esencial que sus hombres les impidieran el paso, o en su defecto, Deoj. Si nunca regresaban, la incertidumbre se aferraría más al joven Conde.

La actuación había salido bastante bien para el gusto de Herodes. No esperaba que el Conde creyera así sin más en su palabra, pero al menos le habían sembrado la duda. Si las otras máscaras hacían su parte, a estas alturas el Duque Redwil dudaría también.

El campamento permaneció en silencio. Herodes se levantó para ir a orinar a un costado, sobre un montón de rocas, ciertamente estaba lejos pero aún a la vista de los guardias. Alzando la cabeza, contempló la cordillera, allí permanecía su esperanza para ganar la guerra. Trescientos hombres esperando el momento oportuno.

-Tanto tiempo, Herodes.

La voz provenía por detrás de él, le bastaron aquellas tres palabras para reconocerlo.

A fin de cuentas Filomeo estaba en lo correcto al preocuparse, su hermano había decidido acompañar al Conde Orenon en lugar de ir con el Duque.

<<Si cruzas esa muralla, morirás>>.

Capítulo 6

Interludio

El verano se hacía presente en las Tierras Rojizas. Una noche fresca y acogedora envolvía la cordillera divisora. Deoj esperaba que fuera la primera de muchas, el invierno solía golpear duro en aquel lugar.

Sin dudas la noche se prestaba para relajarse, disfrutar de las caricias que el viento propiciaba. Lamentablemente no podría ser. Deoj se encontraba sumergida en un estado de nerviosismo. Todo había comenzado al escuchar acercarse un grupo enorme de personas, se había ofrecido a ayudar a aquellos hombres, pensando que si avanzaban más rápido los vería seguir camino de igual manera. Para su desgracia no había resultado así, y ahora trescientos soldados irrumpían la tranquilidad de su hogar. Deoj sabía que en realidad era el hogar del Wer, pero lo sentía como propio, ya eran más de ochenta años viviendo en el cordón montañoso.

Con Herodes, era la tercera generación de Cemerton que presenciaba, en algún momento u otro había tenido oportunidad de conocer a todos los condes. Aquella noche, había sido el turno del hijo mayor de Alonto, por lejos le había parecido el Conde más pedante de los tres. Nunca nadie se había atrevido a llevar un ejército a la cordillera. Era evidente que Alonto no le había hablado a su hijo sobre el Wer. Solo de esa manera podía explicarse la idiotez del Conde al traer hombres armados. La violencia se pagaba con la vida en aquel lugar.

Deoj había aprovechado la visita para hablar un largo rato con el Conde y, a menos que este le hubiera mentido, Alonto tampoco le había contado sobre ella y sus capacidades. Eso sin duda le representaba un alivio, su secreto seguía a salvo como el viejo Conde le había prometido alguna vez, hacía ya muchos años. Era raro cruzarse con una persona en la cordillera, en el pasado Alonto la visitaba con cierta regularidad. Siempre se mostraba maravillado de sus capacidades, aquellas que el Wer le había transmitido. Alonto era lo más cercano que había tenido a un amigo, todavía no lograba superar del todo su muerte. Y ahora, solo en honor a su memoria, estaba ayudando a su hijo. Quizá indirectamente también ayudaba al Wer, por más poderosa que fuera la bestia, no podría contra un ejército de trescientos hombres. El Wer y ella compartían un vínculo por demás profundo, conectados de una forma que Deoj no entendía, solo sabía lo que repetían los mitos. Su vida se había sincronizado con la del wer, por eso se mantenía fuerte y vital pese a sus ochenta años humanos. Si el wer moría, ella también lo haría. Pero también al contrario, eso

explicaba que él fuera tan sobreprotector.

A lo lejos pudo escuchar un sonido extraño, reconocía con facilidad aquellos que no eran propios de la cordillera. Era el crujido de una rama, lo sintió a unos trescientos metros de distancia, por su derecha. Deoj ya no conocía el silencio, a veces sus capacidades resultaban una maldición. Tenía el oído más agudizado que cualquier animal conocido, al igual que el Wer siempre escuchaba al viento cantar. Con el paso de los años, su cabeza se había amoldado al nuevo don, y ahora sabía discernir entre el ruido que debía ser ignorado y el que no. Esta selección inconsciente, de alguna manera la ayudaba a simular el silencio en su interior, pero no era lo mismo. No era un silencio auténtico, extrañaba eso. Casi sin pensarlo, se enfocó en los sonidos que provenían del entorno de la rama, fue entonces cuando reconoció los pasos. Era un grupo de cuatro.

Sin dudarlo se lanzó a correr en esa dirección, procurando hacer el menor ruido posible. Debía impedir que los soldados Cemerton dieran con esos hombres, la violencia lo pondría nervioso a él. Su agilidad era otro de los atributos recibidos por el Wer. Deoj debía ser de las personas más veloces del mundo, al menos en la actualidad, las historias contaban que Mekron se movía como un rayo. Ella tenía en sus piernas una fuerza sobrehumana que le permitía impulsarse. Esto también la ayudaba a dar largos saltos, aunque no solía hacerlo por miedo a lastimarse, pues seguía siendo humana.

En poco más de un minuto llegó al encuentro con los hombres, vestían los colores que Herodes había anticipado, una base de amarillo combinado con verde y plata. La familia Orenon. Se quedó parada frente a ellos sin saber bien que decirles, la rapidez que tenía su cuerpo no se correspondía para nada con la de sus palabras. Los cuatro dieron un pequeño sobresalto hacia atrás, como si hubieran visto salir un animal salvaje de la maleza, resultaba cómico que no estuvieran tan errados. Dos de ellos desenvainaron sus espadas enseguida, adoptando una postura defensiva. A otro se le trabó la empuñadura con el cinturón, mientras que el cuarto se quedó helado, con los ojos como toronjas. No debían de verla bien a pesar de las antorchas, todavía faltaba para el amanecer. La oscuridad no era un obstáculo para Deoj, otro de los regalos del Wer.

-Guarden sus armas- ordenó alarmada, al ver el brillo del metal.

Podía sentirlo a él, estaba ahí observándolos. Rey y verdugo de la cordillera.

-Guárdenlas- Insistió.

Absurdamente, al escuchar una voz femenina disminuyó un poco la

tensión de los hombres.

-¿Y quién demonios eres tú?- Preguntó uno de los hombres que le apuntaba con la espada, aún en posición defensiva.

-Soy Deoj, bienvenidos a mi hogar. Por favor baja eso, la violencia no está permitida aquí.

Los hombres aún compartían el nerviosismo, el que había tomado la palabra rio forzosamente ante las palabras de Deoj. Quizá, con la noche jugando a su favor, hubiera podido acabar con los cuatro. Aunque en realidad sabía que no era necesario.

-No te haremos daño si te pierdes de nuestra vista, Deoj. Vuelve a la cueva de dónde has salido- Dijo el soldado.

-Lo siento, pero no puedo dejarlos pasar.

-¿Y quién nos lo va a impedir?

Deoj se quedó en silencio, no quería responder a aquella pregunta.

-Eso pensé, muévete.

Pero Deoj no se movió, quedó firme antes los cuatro.

-Perdón, no pueden- Dijo Deoj sintiendo un poco de lástima, presentía lo que venía.

-Bien, tú lo quisiste así.

El soldado avanzó contra Deoj, con la espada en punta. Y el Wer emergió de la oscuridad.

Se abalanzó contra el soldado en carrera, dando un largo salto. Lo mordió a la altura del torso, todo el ancho del cuerpo entraba en sus fauces. El soldado dio un grito desaforado, la sangre manaba de la mandíbula del Wer, aunque seguramente los otros soldados no llegaron a captar ese detalle. La armadura no lo había protegido en absoluto. La bestia zarandeo al hombre de un lado al otro, y terminó por rebolearlo al suelo, a unos metros de su posición. El soldado ya no emitía sonido.

El Wer se quedó con el lomo erguido, desafiante. Eran pocas las certezas que el mundo tenía sobre ellos, pero muchos los relatos que se contaban. Deoj en ese aspecto era una privilegiada, con el paso de los años había logrado entenderse con la bestia, aprendiendo mucho sobre él. Si debía compararlo con lo ya conocido, entonces el Wer era un felino. Al menos eso decían sus ojos. Sentado, media poco más de dos metros, las

patas eran comparables al tamaño de una cabeza humana. Su pelaje era corto y negro, la bestia hubiera pasado por sombra de no ser por la melena, larga y blanca como la nieve, que cubría al Wer desde la cabeza hasta su cola. Así debía verse la cordillera cuando nevaba.

Deoj esperaba su aparición, daba por seguro que la punta de esa espada jamás llegaría a su pecho. Los soldados, sorprendidos, debían encontrarse dentro de algún relato fantástico, esos que eran propios de las hogueras.

El segundo hombre en desenvainar la espada, no tuvo mejor idea que ir contra la bestia. Resultó ser incluso más idiota que su antecesor. Quizá el estado de inconciencia lo hacía creerse un caballero de antaño, aquellos que supuestamente cazaban a las bestias. El Wer protestó con un rugido y respondió con un zarpazo, directamente a su cara. El hombre quedó en el suelo rodando, tomándose con fuerza lo que quedaba de su rostro.

Aquel soldado que no podía desenvainar la espada, tropezó cayendo al suelo de cola. "Me rindo, me rindo", exclamó con lo que parecían ser lágrimas en sus ojos. Mientras que el cuarto, que se había quedado petrificado desde un primer momento, seguía interpretando su papel como estatua de mármol. Sin dudas no era consciente de los escasos centímetros que lo separaban del Wer, ni siquiera Deoj se sentía cómoda a esa distancia.

Al cesar la violencia, el Wer se sentó reposando en sus patas traseras. Naturalmente no podía hablar, pero su mirada daba a creer que entendía todo. Había inteligencia en sus ojos, aquella demostraba que era más que un animal. Probablemente provenía de otro mundo, como decían las historias.

-No se permite la violencia en la cordillera, se los anticipé-Les regaño, no eran los primeros idiotas en cometer ese error.

-Piedad, por favor- Dijo el hombre lloriqueando, desde el suelo.

-Deben quedarse aquí, tienen mi palabra que no les pasará nada. Solo serán dos días.

El soldado del rostro desfigurado parecía muerto, ahora dos personas más conocían su secreto. Eso era un peligro, tanto para ella como para el Wer. Acabar con ellos era lo más sensato, aunque la idea no le resultaba nada agradable. Quizá Herodes podría ayudarle, "Toda buena entrega debe ser recompensada" le había dicho horas atrás, y ciertamente acaba de salvar a su ejército entero.

Capítulo 7

Capítulo 4

Escuchar la voz de Bekson fue una bofetada directa, al ego de Herodes. Quien se jactaba por reducir sus logros a su inteligencia y engaño, se había equivocado esta vez. Daba tan por supuesto que su hermano marcharía con el Duque Redwil, que aquella voz le resultó sorpresiva como el morder una fruta, y descubrir la podredumbre en su interior. La base de todo buen plan, se basaba en predicciones firmes y por sobre todo, lógicas. Sin dudas su plan no era el mejor, sería una mancha con la que tendría que convivir.

Por un momento pensó en sacar su daga, pero al llevarse la mano al cinturón recordó que ya no la tenía. Tanto él como las máscaras iban desarmados, de todas formas era una idea pésima. Bekson indiscutiblemente era un guerrero, y si bien ambos portaban la sangre de Mekron, solo él había manifestado las habilidades. Sus posibilidades de vencer eran más bien nulas. Además, si de casualidad lograba reducirlo, delataría todas las mentiras que había sembrado hasta el momento.

-Me preguntaba cuando aparecerías- dijo en su tono más sereno.

Terminó de sacudirse, se ató con tranquilidad el pantalón y dio media vuelta. Ahí estaba él, pese a la oscuridad distinguía su sonrisa. Como cabía esperar, iba armado, el pomo de la espada hacía juego con su armadura. Era indigno de llevar el color del cobre, pero vestía orgullosamente el bronce de los Cemerton. Como siempre, llevaba el pelo al ras, y sus ojos eran negros como la noche que los envolvía.

-Entonces, ¿Por qué es que todavía estoy respirando?- Se animó a preguntar.

-No te pases de listo conmigo, te conozco hermano. No vas a engatusarme con tus juegos.

-Esto no es un juego, Bekson. Ni mucho menos, nuestra familia está en peligro.

-No. Tú lo estás, la familia Cemerton prevalecerá.

-Supongo...que tienes razón- No era buen momento para llevarle la contraria al cabeza dura de Bekson- Entonces, ¿ya te haces llamar Conde

o esperarás hasta mañana?

Bekson se quedó firme como la cordillera, analizándolo. El tiempo lo había vuelto más cauto, como un animal que había aprendido por las malas su lección.

-Te prometieron las Tierras Rojizas, ¿Pero a que costo, hermano? ¿Cuarenta, cincuenta por ciento de nuestras ganancias?

Su armadura de bronce brillaba, pero no así sus ideas. Bekson permaneció en silencio.

<< ¿Realmente esperabas que no lo supiera? Crédulo, tu silencio lo confirma>>

-No hace falta que ahora te pongas en tímido, de todas maneras ¿A quién voy a decírselo?- Herodes abrió los brazos en gesto irónico, en este momento estaba solo en el mundo, tan solo a un paso de su muerte.

-El setenta- acabó por contestar Bekson, detectaba una pisca de vergüenza, quizá por decepcionar a su hermano mayor.

Herodes fingió una risotada con exageración, era su forma de expresarle lo idiota que había sido.

-Solo será por diez años, además el treinta por ciento del todo es más que la totalidad de la nada- Complementó, respondiéndole a su risa- Basta de rodeos, ¿Qué haces aquí? No eres tan ingenuo para pensar que el Conde Orenon vaya a atacar a los Redwil.

Para desgracia de Herodes, lo era. En su cabeza el plan se veía mucho mejor.

-Sí- Admitió- Y necesito tu ayuda para eso, por eso vine yo personalmente- Herodes improvisaba, quizá las mentiras lo mantendrían con vida. Era mejor que aceptar su perdición.

- ¿Mi ayuda, hermano?, vaya que estas desesperado. Por si no lo notaste estoy en el bando contrario, luchando por lo que me corresponde- Realmente parecía creerse sus palabras.

-Tienes que estar bromeando, ¿Lo que te corresponde?- La hipocresía de Bekson lo sacaba de sus cabales- ¡Soy el primogénito de Alonto Cemerton, las Tierras Rojizas son mías por derecho!- Dijo en un tono más elevado de lo seguro, cualquiera en el campamento podría haberlo escuchado.

-Cierto, fuiste el primero en nacer de los tres. ¿Y con eso qué?

-Siempre se te dieron mejor las armas que los libros, me apena informarte que existen leyes- contestó cargado de ironía- La ley del Reino Libre me define como Conde, y a ti como un traidor.

-Según las antiguas leyes, yo debería ser el Conde. Soy el único de los tres que pudo dominar la sangre de Mekron.

-Te reconozco el esfuerzo, debe haber sido difícil leer cinco palabras seguidas. Pero todo el mundo sabe que las antiguas leyes murieron con La Persecuta.

-Exacto hermano, todo cambia. Las leyes existen para zanjar las disputas que el sentido común no puede- Esas no eran palabras propias de su hermano, se notaba que repetía algún discurso.

-¿A qué te refieres?

-Se avecinan tiempos de guerra en el Reino Libre. Las Tierras Rojizas necesitan un líder fuerte, los hombres me siguen, ven un guerrero en mí. En cambio, el único filo que tú empuñas es el del cuchillo con el que cortas la carne.

<<El Ismio gana las guerras, no las espadas>>

-Soy el futuro de la familia Cemerton- Prosiguió- Mi esposa en este momento está esperándome en el castillo de los Redwil, junto a mis pequeños. Emanea al crecer se casará con un importante señor, mientras que Farnik se convertirá en mi heredero. Tú ni siquiera quieres niños, ¿A quién vas a dejarle tus enseñanzas? ¿Quién ocupará tu lugar llegado el momento?, yo soy el indicado para gobernar.

Herodes se sentó en una de las grandes piedras que decoraban aquel escenario. El largo viaje aún castigaba sus piernas, más le dolía reconocer que existía cierta verdad en las palabras de su hermano, aunque no fueran suyas. Él ya había pensado en ello. Para garantizar su futuro, ganar la guerra era solo el primer paso, también debía tomar medidas importantes.

-Si quiero un hijo, lo que no quiero es acostarme con una mujer- Bekson había logrado entristecerlo un poco. En verdad Herodes anhelaba formar una familia, pero no estaba dispuesto a pagar el asqueroso costo.

-Seguramente hayas leído en algún libro como es que se conciben, ¿cierto?

De repente ya no estaba de humor para seguirle las provocaciones. Bekson nunca había formado parte de su plan a futuro, pero sus hijos sí. Cansado, Herodes decidió que era momento de ser frontal.

-Llegado el momento, quiero que Farnik se convierta en mi heredero- aquello era verdad- Vine aquí para ofrecerte eso, y también tu cargo como Conde- Y aquello era mentira.

Bekson se quedó en silencio, naturalmente buscaba la trampa. Hacía bien.

-Evalúa por un momento la posibilidad de ayudarme. Piensa que sucedería si mi plan funciona, y ganamos esta guerra. Los ejércitos Redwil Y Orenon quedarán reducidos a nada. Con suerte podremos capturar al Duque y al Conde con vida. Al final de la guerra, podré proclamarme Duque, y no tendrán más opción que aceptarlo.

Desde que Filomeo le había advertido sobre la posible guerra, Herodes había analizado esta oportunidad. El Duque, el Rey y la Iglesia lo habían obligado a ponerlo todo en juego, pero la recompensa podía ser inmensa si ganaba. Pero para poner a Bekson de su lado aquello no era suficiente, necesitaba algo más.

- No me parece conveniente mudar la capital del ducado a las Tierras Rojas, así que marcharé yo al castillo de los Redwil. Necesito que tú te hagas cargo de nuestra tierra, y desde luego no te pediré ningún porcentaje- <<Ríndete ante tu ambición, hermano>>- Imagina lo poderosa que será nuestra familia si manejamos los dos pilares de la región.

Tras unos momentos de catarsis, Bekson pareció que iba a decir algo, pero calló. Herodes se levantó, poniéndose frente a él, era importante que desde ese momento simulara ser su igual.

-Reconozco que nunca pensé en una victoria de tu parte, nadie lo hace- Dijo finalmente.

-Eso es lo bello que tiene este plan, nadie se lo ve venir.

-Pero no funcionará- Concluyó a secas- Hay algo que no sabes, el Rey permite esta guerra solo porque la Iglesia así lo quiere. Jamás dejarán que alguien como tú se convierta en Duque.

<< "Hay algo que no sabes", ¿en serio lo creía tan idiota?>>

-No seas iluso, no soy el primer homosexual en gobernar. A la Iglesia le importa poco lo que hago bajo mis sábanas, solo se trata de la imagen

que venda.

-No soy el único que sabe sobre tu condición- Se tardó su tiempo en decir esa última palabra, aun así no había encontrado mejor manera de referirse a sus preferencias- La gente comenta, Herodes.

-Y dejará de comentar, si ganamos esta guerra me casaré con la hija de Redwil. Por eso es fundamental capturarlo vivo- Tras pensarlo mucho tiempo, aquella fue la solución más razonable a la que había llegado. Por un lado los rumores sobre su sexualidad cesarían, en consecuencia, el afán de la Iglesia por verlo muerto también. Además casarse con una Redwil ayudaría a legitimar su posición como Duque. Las Tierras Rojas tendrían una Duquesa a la cual adorar.

La situación había llevado al Conde a confesar el plan en su totalidad. Bekson era la segunda persona en escucharlo, la primera había sido Filomeo el día anterior. A pesar de todo ni siquiera sabía si su confesión daría frutos, Bekson permanecía callado, si su intención era encontrarle un fallo entonces callaría hasta la eternidad. Solo tenía que vencer mañana en la noche. El resto de su estrategia era sólida.

-Lo que me pides... tengo que correr un riesgo innecesario, podría convertirme en Conde ahora mismo- Las palabras de su tío vinieron a él, "Si puede, te matará".

-Sea cual sea el resultado, mañana por la noche gobernarás las Tierras Rojas, conmigo conservarás tus ganancias. En cambio, si pierdo esta guerra también serás Conde, pero uno pobre. No existe riesgo en el silencio, solo debes ignorarme hasta mañana.

Bekson no podía tomar una decisión, se lo notaba aturdido. Ambición, familia, miedo y poder, todos ellos libraban una guerra interna dentro de su cabeza. Sería mejor dejarlo recapacitar sobre su lealtad. Conociéndolo, era tan probable que lo ayudase como que mantuviera su postura. La postura del traidor.

-Será mejor que descanse lo que resta de la noche- Dijo, despidiéndose, era hora de regresar con las máscaras. Antes se detuvo a su lado, lo miró fijamente y añadió- Si voy a morir esta noche, al menos ten el valor de ser tu quién lo haga. Quiero mirarte a los ojos cuando pase, como en este momento. Y te acompañaré el resto de tu vida.

Capítulo 8

Capítulo 5

Herodes despertó adolorido, su sueño irrumpido por el grito de algún guardia. El sol comenzaba a asomarse en el horizonte, poco a poco el campamento iba cobrando vida. Había sobrevivido la noche, sin dudas aquel era un buen incentivo para continuar. Aunque sabía que aquello no significaba que contara con la ayuda de su hermano, ni mucho menos. Las piernas seguían castigándolo por la caminata del día anterior, y su espalda se quejaba después de dormir algunas horas en el suelo con la armadura Redwil puesta. Extrañaba su colchón de plumas.

Las máscaras despertaron a su par, salvo por el colorado que ya estaba despabilado, sentado con la vista en el campamento observaba toda la situación. Hubo varias miradas cómplices, pero pocas palabras. Lo odiaban, y con razón. Herodes esperaba que sus familias estuvieran bien cuidadas, tal como le había pedido a Filomeo.

-No he pegado un ojo en toda la noche- Dijo el colorado. Herodes no quería preguntar "¿Por qué?", ya sabía la respuesta. Él los había metido en esto.

-Pronto terminará- Le dijo a modo de consuelo.

-Los hombres que marcharon por la cordillera... no los he visto regresar, ¿Son esas buenas noticias?

-Es pronto para sacar conclusiones, podrían aparecer aún. Pero sí, son buenas noticias.

El hombre pareció no querer seguir conversando. A Herodes, las máscaras le parecían personas interesantes, le hubiera gustado conocerlos en otro contexto.

La gente del campamento iba de aquí para allá constantemente. Oficiales daban órdenes a los gritos mientras el resto desmontaba las tiendas, cargaban carros y entregaban mensajes. Entre tanto alboroto un grupo de soldados en forma de ronda se disponía a comer. Entre ellos, un payador los entretenía con el laúd:

Otro día con los carros, a plena marcha y dolores

En casa perdí otra cena, pero que valga la pena

Haremos morder el barro, al poco hombre de Herodes

Todos los de la ronda soltaron una risotada ante esa última rima, Herodes decidió tomarlo con humor, al menos ellos parecían pasarlo bien. Al verlos comer, Herodes cayó en la cuenta del hambre que tenía, no había probado bocado desde la tarde anterior, antes de partir. A lo lejos, como si pudiera leer sus pensamientos, vio acercársele un guardia con dos hogazas de pan y agua. Llevaba el uniforme verde amárela de los Orenon, tenía la tez clara y unas orejas prominentes.

-Insistí que fuera cerveza, pero me dijeron que por ahora con agua estaría bien- Dijo tendiéndole el pan y una jarra con agua- Es para los cuatro.

-Muchas gracias, con agua es suficiente.

-Ya iba siendo hora que ustedes muestren un poco de modales- El colorado le arrebató una hogaza de pan de las manos a Herodes, se comió un buen trozo. Para no atorarse lo bajó con agua- De milagro pudimos escapar, cruzamos esta tortuosa cordillera para advertirles de los Cemerton y unirnos a sus filas. ¿Y que recibimos a cambio? Una mierda de pan y agua, que te informo, no es suficiente.

El guardia se quedó helado, mientras el colorado sumergido en su papel hacia desaparecer la hogaza de pan.

-Solo sigo órdenes- terminó por decir- No me importa lo que el Conde piense, yo les creo. De hecho, por eso estoy aquí.

Todas las miradas se dirigieron al misterioso soldado.

-¿Cómo te llamas?- preguntó Herodes.

-Soy Orenik. Aunque los amigos suelen llamarme Nik.

-¿Y cómo podemos agradecerte el manjar, Nik?

Orenik miró al colorado con una expresión extraña, como si todavía no terminase de creer su indignación. Rápidamente desvió la mirada a Herodes, seguramente fuera una novato sin ganas de generar problemas.

-Sé que tenían un ejército importante al otro lado de la cordillera. Mi primo, Edre, hasta donde sé marchaba junto al Duque Redwil, me preguntaba si por casualidad saben algo de él.

Herodes miró al resto de las máscaras, a su vez se miraron entre sí. Respondían sin palabras a una pregunta, que era el fruto de varias mentiras.

-Lo siento, Orenik. No conocíamos a ningún Edre.

-Algunos dicen que nos parecemos- insistió el joven soldado- Es un poco más alto, y tenemos las mismas orejas.

Nuevamente hubo un circo de miradas.

-Lo siento, no lo vimos- La expresión del Orenik se tornó lúgubre, como quien acaba de perder a un ser querido- Quizá logró escapar, no fuimos los únicos sobrevivientes.

Herodes no entendía el motivo de sus palabras, quizá fue la tristeza en el rostro de aquel chico, preocupado por su primo. Lo más triste aún, era que si sus planes lograban prosperar, ambos morirían en la noche.

-Que Thelu lo proteja, Edre siempre fue muy escurridizo. Ese maldito debe haber escapado, gracias- Un poco de vida regresó a su expresión- La próxima será cerveza, colorado- Bromeó al despedirse.

Nuevamente los cuatro hombres quedaron en soledad, a la vista de un campamento que se preparaba para partir.

-¿Qué tan ebrio estabas cuando pensaste en todo esto?- Le preguntó el colorado.

-Aunque me cueste reconocerlo, debo admitir que nada. Todo se veía más simple en mi cabeza, ¿Por qué lo dices?

-No sé si escuchaste bien, pero nuestro amigo Nik tiene un primo al otro lado de la cordillera. ¿Qué pasará si se ven el uno al otro, al llegar a Ciudad del cobre? ¿Cuántos más habrá que se conocen en ambos bandos? Una mirada a lo lejos es suficiente para acabar con todo.

Aquel era otro detalle que Herodes había pasado por alto, un golpe más para su ego. No era propio de él ignorar algo así. No obstante, era el Conde de las Tierras Rojas, próximamente Duque. Si alguien debía mantener la esperanza, entonces era él. Las frases que había escuchado salir de aquel hombre, podían contarse con los dedos de una mano, pero cada vez le agradaba más.

-Entonces la batalla tendrá que estallar rápido, tenemos todo el día para convencer al Conde Orenon sobre nuestra historia- El colorado rio para

sus adentros- ¿Qué es lo gracioso?

-No todo sale como esperabas, ¿No? Nosotros marchábamos con la familia de pueblo en pueblo. Atravesábamos ducados, recibíamos el cariño de todo el Reino Libre. Y terminamos en medio de una guerra, jugueteando con la muerte por motivos absurdos.

-Los necesitaba, lo siento. No hubieras aceptado de otra manera- Sus difíciles decisiones lo perseguirían por mucho tiempo más.

-Pocas cosas disfrutaría más en este momento que ver fracasar tu plan, ¡Demonios, hasta pagaría con mi vida con tal de verlo! Solo mi mujer y mi hija me obligan a continuar, pero pagarás por esto. Thelu te juzgará.

El menor de sus problemas en este momento era Thelu, el creador. A Herodes le preocupaba más el odio que discurría por las venas de aquel hombre. Pero Filomeo tenía razón, la familia mantenía ese odio encerrado y dócil.

A la brevedad el campamento se puso en movimiento, era momento de realizar el último tramo hasta Ciudad del Cobre. Viajaban en medio de la formación, por delante de los carros y los hombres que formaban la retaguardia. Frente a ellos iba el grueso del ejército, y a la cabeza el Conde Orenon junto a los oficiales de alto rango. Aunque no lo veía, allí estaba Bekson.

Con algunas horas de caminata Herodes se dio cuenta que, a diferencia de su armadura de bronce, la que llevaba no estaba hecha a medida. No solo debía soportar llevar los colores de los Redwil, sino que las correas en parte raspaban su piel y además el acero lo apretaba por los hombros. Era raro que una armadura forjada por Jeredom, su herrero en Ciudad del Cobre, presentara esos defectos.

En la distancia vio acercarse un caballo al galope, era uno de los oficiales del Conde Orenon quien acudía a su encuentro. El mismo que había aconsejado encadenarlos.

-Ustedes, soldados Redwil- Gritó desde la lejanía- El Conde quiere verlos de inmediato, avancen.

Sin esperar respuesta hizo virar su caballo y partió nuevamente hacia la cabeza del ejército, no sin antes verificar que Herodes y las máscaras se

habían puesto en marcha.

Herodes no sabía que esperar de aquel encuentro, quizá el conde había pensado en alguna estrategia que sacara a flote su mentira. Debían andar con cuidado en ese terreno, un paso en falso les costaría la vida. Preso de sus nervios caminaba al borde del trote, la imagen del joven Conde se volvía cada vez más nítida, montado a su caballo negro. Su respiración se aceleró, se preguntaba si las máscaras estarían pasando por la misma situación. Tardó en notar que, a la izquierda de Orenon, un hombre de bronce cabalgaba.

<< ¿Qué has hecho ahora, hermano? >>

En ese momento las correas que lo raspaban dejaron de ser un problema, su estómago aún rugiente no importaba, tampoco el haber encarcelado a aquellas familias. De hecho, la guerra en si no tenía ningún valor. Herodes estaba seguro que en breve, moriría.

Se puso a la par del Conde junto al resto de las máscaras, las palabras se le enredaron en la lengua.

-¿Nos buscaba, señor?- Se animó a decir el colorado.

-Míralos bien Bekson, ¿seguro que no son hombres de tu hermano?- Preguntó el Conde casi sin dirigirles la mirada.

Bekson fue repasando los rostros uno por uno, no pudo disimular la mirada cómplice al detenerse en el de Herodes. En ese instante, absolutamente todo estaba en sus manos.

-Ya te lo he dicho, Ayem. Nunca vi estas caras deambulando por el castillo- Terminó por decir, y el corazón de Herodes volvió a latir- Y conozco todos las caras que andan por ahí, es mi hogar.

-Tu eres el que menos motivos tiene para mentirme, te creo- La respuesta pareció no haberle agradado al Conde, él también debía tener un enigma por resolver- Pero, aun así, ¿Cómo podemos estar seguros que no los contrato él para engañarme?

Bekson se tomó unos segundos para responder.

-No podemos estar totalmente seguros de ello- Dijo con desdén- Pero créeme que conozco a Herodes, el jamás mandaría a alguien que no fuera de su absoluta confianza para algo así. Y, te vuelvo a repetir, ninguno de estos hombres es cercano a él.

Ahora era el Conde quien tomaba la postura del silencio, Herodes y las máscaras lo imitaban. Parecían criminales esperando el dictado de su

condena, a nadie parecía importarles su opinión. Afortunadamente tampoco les preguntaban nada, ahí se encontraba el peligro más grande.

-¿Quieres saber lo que pienso en verdad, Ayem?- El Conde asintió- Creo que estos cuatro soldados dicen la verdad, y es un milagro para nosotros que hayan llegado aquí con vida. Mi hermano tenía dos posibles caminos para dirigir su ejército, y creyó que yo estaría con el Duque. Me hubiera gustado ver su expresión al no encontrarme allí. Que yo esté vivo es un problema para él, porque cuando llegemos a ciudad del Cobre lo reconoceré, Herodes perdió su factor sorpresa.

-¿Y entonces, que hará ahora que no te encontró?

-Conmigo muerto, hubiera esperado a la madrugada para acribillarte, junto a todos tus hombres. Ahora, no creo que se arriesgue a tanto, en cuanto encuentre la ocasión, atacará.

Herodes tenía que reconocer que su hermano, esta vez, le había salvado el pellejo. Aun así, una buena acción no limpiaba la mala, su hermano seguía siendo un traidor, él era el causante de este desastre. Pero para Herodes, Bekson no formaba parte de sus planes a futuro.

Luego de cruzar algunas palabras más, los invitaron a retirarse nuevamente a su posición, sin saber cuál era el veredicto del Conde. Probablemente ni él tenía las ideas claras. Lo que resultaba innegable, era que sus posibilidades ahora eran mejores que minutos atrás. Mínimamente la mentira no había sido descubierta, y eso de alguna manera era una victoria más en esta guerra.

La incertidumbre se mantuvo firme con el tiempo, pero cierta confianza se veía florecer en aquellos cuatro soldados Redwil. No fue hasta entrada la noche que uno de los oficiales se acercó a las filas donde ellos estaban. Se encontraban a pocos minutos de Ciudad del Cobre, y nada se sabía sobre los soldados que se habían aventurado a la cordillera la madrugada anterior.

-Escúchenme bien, no quiero tener que repetirlo- Exclamó el oficial, dirigiéndose a todo el pelotón- Quiero que todos estén preparados para la batalla, estamos a pocos minutos de llegar al final de la cordillera y Cemerton nos espera. Le daremos una sorpresa a ese hijo de puta.

Los soldados no exclamaron, como de seguro el oficial esperaba. Aquellos hombres armados se mostraban sorprendidos, nadie esperaba una batalla. Nadie creía que el cobre iba a dar pelea, algunos incluso estaban borrachos, incapaces de entender lo que pasaba. Ahora podían morir.

Un soldado se acercó a Herodes, con un paquete entre las manos.

-Sus armas, es hora de vengar a los caídos- Aquel hombre estaba asustado.

Herodes recuperó el arco, la daga y también la sonrisa.

Capítulo 9

Capítulo 6

El Conde de las Tierras Rojas jamás había pisado un campo de batalla. No es que fuera un cobarde, sino que hasta el momento había tenido la fortuna de vivir en tiempos de paz. Tampoco había tenido un enfrentamiento real, solo arduos años de entrenamiento con Garonet, uno de los oficiales en Ciudad del Cobre, cortesía de su padre. Alonto se había empeñado en que sus tres hijos pudieran dominar las habilidades, para su desgracia, manifestar la sangre de Mekron no era cuestión de práctica.

Mientras los soldados Orenon intentaban organizarse, Garonet debía de estar al borde del cordón montañoso, junto a trescientos hombres más. En comparación, el número resultaba desalentador. Pero a diferencia de algunos borrachos que rodeaban a Herodes, eran trescientos hombres preparados para la ocasión. Mentalizados para darlo todo, Herodes quería creer que eso haría la diferencia.

Aquellos trescientos soldados debían sumarse a la batalla en el momento justo, antes de comenzar el descenso encenderían una fogata enorme, lo suficiente como para que los hombres en Ciudad del Cobre pudieran verla desde la muralla. Entonces, si las casualidades se ponían a su favor, los setecientos soldados restantes llegarían en simultáneo, con Reyer a la cabeza. Mil hombres organizados atacando por ambos lados al rezagado ejército Orenon y Redwil. La posibilidad de vencer era real.

La coordinación lo era todo en este plan. Si el ejército Cemerton se apresuraba en aparecer, instantáneamente las mentiras que había logrado inculcarle al joven Conde desaparecían, y los ejércitos Redwil y Orenon juntos serían lo suficientemente fuertes para vencer. En cambio, si se demoraban demás, llegaría un punto en la batalla donde la confusión de ambos ejércitos terminaría. Para ello solo bastaba que un "Orenik" reconociera a "su primo Edre" en el tumulto. El caos en el enfrentamiento tenía los minutos contados, y transcurridos estos Herodes moriría.

El Conde solo tenía una manera de salvar su pellejo. Llegado el momento debía escapar de aquel lugar y correr. Literalmente correr por su vida esperando que ninguna flecha lo alcanzara por la espalda, hasta llegar a las líneas de su ejército. Preferiblemente al bando de Reyer, las posibilidades de sobrevivir allí eran mayores.

A base de gritos el ejército Orenon fue dividiéndose en grupos. Cada uno de ellos tendría alrededor de cien hombres, liderados por soldados que parecían tener un rango mayor. Quizá fuera la sensación del

momento, pero para Herodes el suyo era el más gritón de todos. Los carros quedaron varados a su suerte, y a partir de ahí avanzaron formando dos grandes filas, cada una compuesta por diez pelotones. Herodes estaba muy nervioso, como de seguro también el resto, le había tocado estar en la fila que iba por delante. Un pequeño séquito lideraba el grueso del ejército, el joven Conde y Bekson estaban ahí. Herodes aún no estaba seguro de cuáles eran los planes del Conde, en sus cortos veintiún años estaba a cargo de todo un ejército, por más que estuviera bien aconsejado podía esperarse cualquier cosa de él.

<<Mil canciones se compondrán de esta batalla>>.

A su favor o no, Herodes dejaría su huella en la historia.

Con cada paso hacia adelante, la cordillera disminuía su altura. Después del impacto inicial, las voces comenzaban a hacerse notar, tanto que Herodes no podía escuchar lo que las máscaras hablaban entre sí. Se sentía realmente solo, y aquella era una triste manera de morir.

Para su fortuna, la nueva armadura que le habían dado resultaba más cómoda. Además sería más simple escabullirse de allí vistiendo verde amárela, los colores de la familia Orenon flameaban en los estandartes, pero estos apenas podían distinguirse por la oscuridad. Las luces de las antorchas no eran suficientemente fuertes para hacer brillar sus colores, el cobre si lo haría.

Algunos soldados iban alzando la espada al cielo, quizá en un intento de encontrar la valentía. Herodes más que una espada, quería un escudo. Sin dudas eso lo ayudaría más a sobrevivir. Afortunadamente en treinta y dos años no se había visto obligado a matar a nadie, y allí solo unos pocos de los cuatro mil hombres merecían tal castigo. Sus ataques serían exclusivos, al igual que su rencor.

El joven Conde detuvo su caballo, el efecto dominó se trasladó hacia atrás. Todos a la expectativa, sin saber que esperar. Los soldados murmuraban entre sí, los más ebrios gritaban. "Vamos a darle por el culo" escuchó gritar a lo lejos, a alguien que apenas podía modular. Todos allí tenían un hermano, un amigo, o mínimamente un conocido con quien hablar, hasta las máscaras se tenían entre sí. Herodes se tenía a sí mismo, de sus debates internos siempre habían surgido las mejores ideas.

La oscuridad no dejaba a Herodes dilucidar bien. El Conde Orenon parecía consultar algo con sus oficiales, era fácil de distinguir a Bekson. Finalmente dio la vuelta a su caballo y se acercó a la primera fila, todos ansiosos por sus palabras.

-Tengo miedo, de nada sirve que les mienta- Confesó con dureza- Al igual que ustedes, estoy por ensuciar mis pantalones- El ejército estallo de risa, al momento el Conde interrumpió con un gesto brusco- Ninguno de nosotros buscó esta guerra, nos dijeron que no tendríamos que luchar. Y aquí estamos, a pocos metros de todo aquello que quisimos evitar. Pero les juro que será la última vez- Justo ahí hizo una pausa melodramática- Es muy probable que el Duque y su hijo estén muertos, después de hoy la familia Redwil sabrá que ya no alzaremos las armas en sus conflictos. A cambio, les serviré en bandeja la cabeza de Herodes Cemerton- Los soldados soltaron un grito de exclamación, todos apoyaron al Conde- Venga, ayúdeme a matar a ese hijo de puta- Y le respondieron con el mismo entusiasmo, incluso Herodes lo hizo, aunque por dentro quería reír.

Por primera vez en la noche el ejército adoptó un ritmo de marcha, la euforia en el ambiente los hacía avanzar más rápido. En escasos minutos terminaron de recorrer lo que restaba de cordillera, a lo lejos podían verse las antorchas sobre la muralla de Ciudad del Cobre, pero el manto de oscuridad no permitía distinguir ninguno de los edificios construidos alrededor de ella, aquellos que llamaban Ciudad de Piedra.

Herodes quedó con la mirada perdida en su casa, todo lo que anhelaba estaba allí, su madre, su hermano y su amante. Debió haberse distraído más de la cuenta porque no vio al ejército Redwil sino hasta que uno de los soldados de su pelotón dio el aviso a los gritos. Un tumulto negro esperaba por ellos, habían hecho fogatas. A lo lejos le pareció ver algunas tiendas pequeñas, y si sus ojos no lo engañaban, también armaban una mucho más grande. Posiblemente era la tienda del Duque. Para el resto de los presentes, era la tienda de Herodes.

Bekson era el más indicado para analizar la situación, pero según lo que veía Herodes, el ejército no estaba esperándolos en posición defensiva. Quizá las otras máscaras habían fallado en su misión, difícilmente el Duque Redwil se habría dejado engañar como el Conde Orenon. Herodes estaba lo suficientemente nerviosos como para pensar que significaba todo aquello, marchaba sin pensar al ritmo de los demás hombres.

El Conde Orenon pareció no titubear con su decisión, su caballo avanzaba a paso firme junto al de Bekson y otros oficiales. El Duque Redwil debió de haberse percatado de lo que pasaba, el tumulto de sombras comenzó a organizarse hasta que al final, resultó ser un ejército en formación. Cuando el Conde estuvo lo suficientemente cerca detuvo su caballo, y por más que la gente allí hablaba, se produjo un silencio. El Duque se puso a la cabeza de su ejército.

-¡Es él!- El grito de Bekson se esparció por todas las Tierras Rojas.

Hubo unos instantes de conversación entre ellos que Herodes no escuchó, pero luego todos lo escucharon:

-¡A la carga!- Ordenó el joven Conde indicando el camino con su espada.

Y tras alaridos eufóricos, Herodes se encontró trotando hacia sus miedos. La avalancha de soldados no le permitía hacer otra cosa. El joven Conde, sin embargo, detuvo su caballo a media carrera. No era lógico esperar que el luchara en la primera línea. Algunos oficiales estaban con él, pero Bekson se había esfumado repentinamente.

Los soldados que Herodes tenía por delante no lo dejaban ver con claridad, solo cuando estuvo a pocos metros de las líneas enemigas pudo ver las lanzas. Se escucharon alaridos de dolor, una lanza desviada casi lo alcanzó a la altura del hombro, seguramente varios hombres habían caído en ese impacto inicial. Quedarse allí de pie no fue una opción, miles de soldados enardecidos empujaban a sus espaldas. Con el puñal en mano Herodes empezó a meterse por los huecos que encontraba, procurando no darle la espalda a nadie que vistiera azul y negro. Los brazos iban y venían, estaba oscuro y Herodes no entendía bien que pasaba, de todas formas mientras pudiera seguir respirando él iba ganando. En pocos segundos de batalla perdió a las máscaras de vista, pero lo que sí pudo notar, es que a su costado habían roto la formación de los Redwil, y penetraron en ella como el vino al derramarse sobre la alfombra.

Una espada fue directamente hacia Herodes, a la altura de su abdomen. Sin que le sobrase nada la esquivó. Cuando el hombre alzó el brazo para volver a atacar se abalanzó contra él, lo agarró por la muñeca de la espada, y casi por reflejo con su otra mano lo apuñaló con la daga entre las costillas. Aquel movimiento que le había enseñado Garonet años atrás por fin daba rédito. El hombre soltó un grito grave, al parecer el dolor lo había hecho más fuerte, o quizá Herodes no pudo resistir más y por eso se soltó. Recibió un puñetazo que lo hizo tambalear, intentó escabullirse hacia atrás pero era inútil, en la desesperación empezó a moverse a lo largo de la fila. Aquel hombre, en un ataque de ira, lo seguía con la espada en alto. Avanzó entre medio de tres, cuatro, cinco hombres, hasta que ya no lo vio más. Si la puñalada no acabó con él entonces alguien más había terminado el trabajo.

Los oficiales que estaban a la vanguardia no dejaban de alentar, aunque los gritos ya no sonaban como instantes atrás. Herodes continuó moviéndose a través de la primera línea, siempre más pendiente de no recibir que de atacar. Cruzó miradas con hombres que al instante siguiente ya no veían, y quedó aturdido por los gritos de soldados que tras ágiles movimientos no emitirían sonido jamás. Casi sin darse cuenta, con todo el cuerpo sudado y en plena desorientación, Herodes comprendió que una guerra no es más que un montón de hombres temerosos esperando el

final. Siguió avanzando, esperando llegar al final de la línea, aquella era la única manera de escapar a la cordillera. Llegar al ejército de Reyer a estas alturas parecía imposible.

De repente todo se tornó negro y dejó de sentir su cuerpo. Al instante siguiente Herodes estaba en el suelo, las múltiples pisadas de los ejércitos había convertido la tierra en una especie de barro. Todo le daba vueltas, el punzante dolor en su cabeza resultaba insoportable. Y al llevarse la mano encontró sangre, pero no le importó. Milagrosamente estaba vivo, los mismos pisotones de sus compañeros pudieron haberlo matado. Al tratar de levantarse se dio cuenta que sobre sus piernas yacía otro cuerpo, por un momento casi vomitó del asco pero logró contenerse. A base de zapatazos intentó liberarse, para su sorpresa el cuerpo de una persona muerta era muy pesado. Soldados de los Orenon luchaban a su lado pero ninguno lo ayudó, posiblemente nadie lo veía. Por un momento Herodes pensó en quedarse allí, esperar de alguna manera a que todo termine, ya no quería más. Pero su honor lo obligaba a levantarse, llegar a la cordillera y convertirse en Duque. Su nueva perspectiva delataba por primera vez las flechas en el cielo, volaban por encima de la primera línea de un lado al otro, pero más importante aún, cuando fijo la mirada en el horizonte vio lo que nadie más se percataba, una llama inmensa iluminaba la cordillera.

<<Es muy pronto>>. Pensó, pero al echar un vistazo alrededor se dio cuenta que estaba rodeado de cuerpos. Los dos ejércitos estaban debilitándose. En un arrebato de euforia tomó fuerzas y se quitó aquel cuerpo de encima, se levantó como un hombre nuevo y continuó su odisea.

Tras avanzar algunos metros un desconocido lo tomó por el hombro, antes de lo que parecía ser su fin, Herodes atacó con el puñal en un movimiento ascendente, pero tras un chillido el mismo se desvió a través de la armadura brillante.

-¡Soy yo!- Le gritó Bekson para que lo oyera- Buenos reflejos, sabía que intentarías abrirte paso por aquí.

Su hermano se puso por delante, entre él y el enemigo, tras el filo de su espada vio caer a tres hombres en cuestión de segundos. Todos en la línea contraria querían matar al hombre que brillaba, el guerrero de bronce. Pobre de quien se enfrentara cara a cara con un experimentado como Bekson, los soldados Redwil no eran más que campesinos en comparación. Algunos más cayeron ante el cobre manchado, los suficientes como para que los soldados Orenon que estaban allí aumentasen su moral.

-Es tiempo de movernos- Ordenó Bekson, y en cuanto a combate se

tratase no iba a discutirle- Debemos llegar pronto hasta el final.

Con la posición asegurada, los hermanos avanzaron.

Tras lo que pareció ser una eternidad, los hermanos Cemerton llegaron al final de la línea. En aquel lugar parecía librarse otra batalla aparte, pues los soldados Orenon mantenían controlada la situación. Arrinconaban al enemigo con intenciones de rodearlos, mientras algunos caballos descargaban por los flancos. Sin intenciones de involucrarse siguieron camino, por delante de ellos uno de los oficiales del Conde Orenon montaba firme en su caballo, su aún reluciente uniforme denotaba que tampoco se había involucrado hasta el momento. Era un fiel espectador.

El oficial enseguida reconoció a Bekson.

-Espera aquí- Le ordenó su hermano mientras mantenía el paso decidido hacia el oficial montado.

Sin distinguir bien sus palabras, escuchó a Bekson decirle algo a lo lejos, el oficial respondió cuando él ya estaba a su lado. En un abrir y cerrar de ojos, la espada de Bekson penetró por debajo de su perra, el oficial se llevó las manos a la herida pero fue inútil, enseguida calló del caballo. Sin perder el tiempo Bekson se adueñó de la montura.

-¡Vamos!- Le gritó, teniéndole una mano.

La equitación no suponía un obstáculo para los hermanos Cemerton, no se esperaba menos de su sangre noble. Enseguida estaban montando aquel caballo, con la incomodidad que representaba una silla diseñada para un solo jinete. Pese a la oscuridad, Herodes reconoció la buena raza del animal, su pelaje era marrón oscuro, con algunas manchas negras. Y ahora también rojas.

-¿Hacía falta que lo mataras?- Pregunto Herodes, indignado por el enorme riesgo que significaba matar a un oficial en plena batalla.

-Era él o nosotros, se encargaba de matar a los cobardes que desertan, eso es fundamental para contener al ejército en formación- Justificó mientras hacía galopar al animal, en dirección a la cordillera- Además, así llegaremos más rápido.

En ese breve momento de relajación, la puntada en su cabeza estuvo más presente que nunca. La herida parecía ser grave, su cuerpo se lo decía.

No les tomó más de dos minutos divisarlos, frente a ellos los trescientos hombres de bronce marchaban a la batalla. Al acercarse los dos extendieron los brazos como locos, morir por no haber sido reconocidos

hubiera sido el colmo. La armadura de Bekson ayudó a que los identificaran. Sin tiempo que perder desmontaron, ninguno de los soldados iba a caballo y en esta batalla todos lucharían por igual.

-¡Mi Conde, eres tú!- Exclamó Garonet, el oficial que estaba a cargo, apenas podía creer lo que veía.

-¿No me habían dado por muerto, verdad?- Dijo con una sonrisa, pero se dio cuenta que nadie más reía, y tampoco lo miraban a él- Bekson recapacitó sobre sus errores, y se redimirá en esta batalla- Afirmó, casi gritando para que todos escucharan- ¡Es de bronce, como nosotros!

-Vamos hombres de bronce, mostrémosle de que estamos hechos- Tras las palabras del oficial, los soldados vitorearon.

Garonet debió verle la herida a Herodes, porque sin pensárselo dos veces le tendió su casco color cobre.

-Así te reconoceremos en la batalla- Herodes asintió en agradecimiento.

Estar cerca de la cordillera les había dado cierta altura en el terreno, sin entender bien de estrategias militares Herodes sabía que aquella era una gran ventaja. Frente a ellos el movimiento de los ejércitos parecía menguar. Quizá Orenik se había encontrado con su primo Edre finalmente, no importaba, ya estaba allí.

Pero justo cuando Herodes se permitía soñar, la angustia lo tomó por sorpresa. Pasando los ejércitos Orenon y Redwil, solo había oscuridad, el manto negro se extendía hasta llegar a Ciudad del Cobre. El resto del ejército, aquel que lideraría Reyer, jamás había abandonado la ciudad. La traición de su hermano menor se salía del libreto.

<<Si cruzas esa muralla, morirás>>.

Capítulo 10

Interludio

Por un momento Bekson pudo sentir el arrepentimiento en cada rincón de su cuerpo, pero enseguida la sensación se esfumó. Las grandes decisiones siempre tenían un riesgo, la de ayudar a Herodes sin dudas había sido la más peligrosa. Quizá por ello le tocará morir en esta batalla, de ser así al menos lo haría con la conciencia limpia, sabiendo que sus errores estaban enmendados. O al menos eso había intentado hacer.

Hasta el momento, toda su energía provenía de la motivación por reclamar lo que debió haber sido suyo desde un principio. Él era el indicado para gobernar las Tierras Rojas. Y aunque todavía pensara lo mismo, esa motivación ya no le daba fuerzas. Tras el golpe de su espada afloraba el deseo de reencontrarse con sus hijos, Farnik y Emanea. Ellos eran su luz, junto a su bella esposa Minedia. Por eso debía vencer en esta guerra, porque se lo debía a ellos.

Por delante, los derrumbados ejércitos Redwil y Orenon habían dejado de combatir entre sí, pero estaban desorganizados cual colonia de hormigas al destruirles el hormiguero. Al trote, Bekson avanzaba junto al pequeño ejército de Herodes, las ácidas miradas provenientes de todas direcciones confirmaban que, para ambos bandos de la guerra, él era un enemigo. Por primera vez Bekson estaba solo, y tal vez se lo merecía.

La verdadera sorpresa en medio del caos había sido Reyer. Dejar a la suerte a su amado hermano mayor, eso no era propio de él. Quizá algo extraño estuviera sucediendo en Ciudad del Cobre, la ausencia de Herodes sumado al miedo de la muchedumbre podía ser una combinación peligrosa. Realmente era una verdadera pena, si hubieran atacado de ambos frentes la guerra ya estaría ganada. Los trescientos hombres marchaban, con Herodes a la cabeza. A la izquierda de él, Garonet conseguía mantener el ritmo pese a su edad, el oficial ocupaba aquel puesto incluso cuando aún vivía su padre. A la derecha, aunque todos estuvieran en desacuerdo, estaba él. Nadie iba a reconocérselo, pero era el caballero de bronce, y todos temían al filo de espada. Su sangre solía generar eso.

Una pobre y desorganizada línea de lanceros aguardaba por ellos. Sin titubear los hombres de bronce se lanzaron al ataque. Bekson ni siquiera quería estimar cuantos quedaban, de todas formas no tenía importancia. Tomó la espada con las dos manos, y comenzó a castigar a los desorientados soldados. Uniformes verde amárelas y azul y negro caían por igual, tiñéndose de sangre. Con un ojo en el enemigo pero con el otro

en Herodes, si su hermano moría en batalla, inevitablemente compartiría su destino. Para poder ejercer su arte con más tranquilidad, se puso frente a él, dejándolo excluido del combate. Resguardado por el peso de su espalda.

Pese a los esfuerzos de su padre, a Bekson nunca se le habían dado bien los libros. Aunque a estas alturas estaba convencido de que la mayoría del conocimiento escapaba del papel y la tinta. No todo podía explicarse, ni cuantificarse. En contraparte, siempre le había resultado sencillo interpretar una batalla, poder ver más allá del acero y la sangre. Y pese a la oscuridad de la noche, veía con claridad que estaban ganando. Ciertamente eran una minoría, pero una minoría organizada, descansada y con un propósito en común, defender su tierra. Los hombres de bronce combatían como una unidad, mientras que el enemigo estaba disperso, confundido y más preocupado por sobrevivir que por vencer.

Herodes, si bien estaba protegido, se encontraba casi en la primera línea. Mientras que Bekson no lograba visualizar al Conde Orenon ni al Duque Redwil, posiblemente se escondían tras su pueblo, que poco a poco iba siendo acibillado.

Garonet estaba a su lado, pese a la armadura pesada se movía con la agilidad de un joven. A su favor, la experiencia de un viejo. Le pechera del oficial no brillaba como la suya, el paso de los años la habían convertido en una reliquia. Muchos guerreros curtidos mostraban con honor las cicatrices en su piel, prueba de sus hazañas, y las grietas en la armadura de Garonet hacían muestra de las suyas. Se puso hombro a hombro con él, juntos formaban un muro prácticamente impenetrable. Tranquilamente Garonet podía ser confundido con un portador de la sangre de Mekron. Casi igualaba su nivel.

Tras el transcurso de los minutos, Bekson notó como aquellos trescientos hombres encerraban al enemigo cada vez más. La noche y la confusión estaban jugando a su favor. La mayoría de los soldados vestían cuero, y todos caían bajo el mismo movimiento. Él esperaba el primer ataque, generalmente venía con gran impulso, con el suave movimiento de su espada lo desviaba a un costado, así dejaba siempre expuesto al enemigo, y la mayoría de las estocadas entraban por el abdomen. Naturalmente la batalla estaba en constante movimiento, de otra manera estarían combatiendo en una montaña de cadáveres. Bekson no llevaba la cuenta, pero aquella noche debía haber matado a más de treinta hombres, y Garonet parecía dispuesto a romper su marca. El enemigo no

había venido a las Tierras Rojizas para luchar, a cambio encontraba su muerte.

Tratando de no quitar la mirada de la inmediatez, Bekson se percató de que en el fondo se estaban reagrupando. El Conde y el Duque estaban juntos, destacaban las ornamentadas armaduras verde amárela y azul y negro. En torno a ellos, oficiales y demás hombres que vestían acero formaban en forma de cuadrícula, dejándolos a ellos en el medio. Bekson supo instantáneamente lo que planeaban hacer, aquella formación solo podía significar una cosa, la retirada.

Otro enemigo se le lanzó al ataque, un hombre morrudo y con abundante barba. El tamaño no hacía la diferencia para él. Con naturalidad desvió el ataque del hombre, pero este reacciono antes de que pudiera contratacar. La espada del enemigo fue de abajo hacia arriba, de izquierda a derecha. Bekson la esquivo inclinando el cuerpo hacia atrás, y enseguida lanzó un tajo, espada y mano cayeron al suelo. Cuando iba a dar el golpe de gracia sintió un pinchazo, sobre el lado derecho del cuello.

El dolor desapareció enseguida, en cambio un frío abrumador comenzó a propagarse. Fue fluyendo a través del cuello hasta pasar por su pecho, cuando el frío llegó a su cintura él ya estaba de rodillas. Sin sentir las piernas. El clamor de la batalla fue silenciándose lentamente, poco a poco dejó de sentirse helado, hasta que la calidez lo cubrió en su totalidad. Todo se puso negro.

Bekson se encontraba de pie en la oscuridad absoluta. Todavía vestía su armadura de bronce, pero la misma se encontraba impecable, brillaba como nunca lo había hecho. Desorientado, comenzó a caminar hacia adelante, con la seguridad del que sabe que encontrará lo que busca. Y Minedia apareció, Farnik la tomaba de la mano. Emanea, del otro lado, se aferraba a su pierna con ambos brazos. Al notar su llegada, los niños corrieron hacia él. Se agachó para recibirlos y los encerró con un enorme abrazo, aquel que tanto añoraba. "¡Papi, volviste!", exclamaron los pequeños, mientras comenzaban a difuminarse. Trató de llevarlos lo más cerca de sí, ya no quería separarse más, pero fue inútil.

-¡Emanea!... ¡Farnik!- Gritó a la oscuridad, quizá se habían perdido en ella- ¡Emaneaaa!, ¡Farniiik!

-Tranquilo, los amaré como si fueran míos- Respondió la oscuridad, << ¿Eres tú, Thelu?>>

-¡Devuélveme a mis hijos!- Exigió a la oscuridad, posiblemente al mismo creador de los humanos.

-Ya no están, mi amor- Dijo Minedia, quien lo ayudó a levantarse-

Estarán bien, te lo prometo.

Bekson le dio un abrazo a su amada, tenía miedo. Cerró los ojos por un momento, y al abrirlos, era a su padre quien abrazaba. Enseguida tomó distancia, nunca había tenido esa cercanía con él, aunque lo hubiera querido.

-Padre... tu estas muerto- Afirmó consternado, el padre sonrió con una leve mueca.

-Tienes razón, ¿Lo estoy, verdad? Pero hay algo que debo decirte- Alonto lo tomó por los hombros- Te perdono, hijo.

Aquellas palabras le dieron libertad, el peso que cargaba hacia tanto tiempo desapareció. La idea de lo que pensaría su padre, si estuviera vivo, lo había perseguido todas las noches desde el inicio de la guerra. Incluso antes, cuando todo estaba únicamente en su cabeza.

-Gracias padre, gracias. Ya no te fallaré, lo prometo.

Tras su padre, aparecieron Reyer y Herodes. Los tres tenían una expresión seria. Su hermano mayor vestía un elegante jubón de seda, y al igual que todos, era color cobre. Mirándolo a los ojos, decidió ser sincero.

-Perdón, todo esto fue un error- Suplicó a su hermano.

-Te perdono, lamento que tenga que ser así. Prometo contarles que, sobre el final, decidiste apoyar a tu familia- Respondió la oscuridad.

Capítulo 11

Capítulo 7

<<Se terminó>>.

Todavía era de noche en las Tierras Rojizas y los hombres de bronce seguían de pie. Era pronto para sacar números, pero quizá la mitad del ejército ahora descansaba con la cara contra su tierra. La mayor parte de las bajas se debían al intento de retirada del Duque Redwil, intento que habían logrado frustrar.

Herodes había notado, ni bien terminaba de encargarse de su hermano, que un grupo del ejército enemigo se despegaba. Trataban de retirarse avanzando rápido por uno de los costados. De nada servía vencer si ellos lograban escapar, quizá su decisión había sido imprudente, pero sus órdenes fueron ir tras el ejército enemigo, debilitando así su frente de ataque, donde eran ampliamente superiores en el combate.

El Duque y el Conde se encontraban rodeados por hombres que si sabían manejar una espada. Para su fortuna no eran más de veinte, pero se llevaron consigo como a cincuenta de los suyos. Todo terminó cuando gritaron su rendición, poniéndose de rodillas. Hasta el hijo del Duque lo había hecho, Fades. Los soldados enemigos que combatían demoraron más de la cuenta en entender la situación, pero al ver a su líder de rodillas dejaron caer las armas. La mayoría también se arrodilló, algunos desesperados trataron de huir pero no les fue tan bien.

Algo que había pasado por alto en su plan, eran las sogas o cadenas para mantener a los prisioneros. Las puertas en Ciudad del Cobre permanecían cerradas, así que no tuvo más opción que ordenarles acostarse boca abajo. Menos al Conde, al Duque y a Fades, para ellos sería demasiada humillación. Obviamente también eran los más vigilados.

Allí se encontraba Herodes, de pie sin saber qué hacer. Garonet a su lado, a la espera de alguna indicación.

-Te dejo a cargo, Garonet- Era en el que más confiaba para esta situación- Quien intente huir, muere- Ordenó Herodes duramente, asegurándose de que todo el mundo escuchase.

-¿A dónde va, mi Conde?- preguntó el oficial, confundido.

-A recuperar mi Ciudad.

Sin titubear se encaminó hacia la puerta de la muralla, haciendo caso omiso a las miradas de todo el mundo. No era el momento para mostrar debilidad. Terminada la batalla, el desgaste que había hecho se manifestó súbitamente. El cuerpo le pesaba, los raspones ardían y sacándose el casco, sintió un dolor agudo del lado derecho de la cabeza. Al pasarse la mano, se encontró con sangre ya seca, mezclada con sudor y suciedad. Necesitaba que lo atendieran pronto, al igual que a muchos de sus hombres. Necesitaba que esa puerta se abriera.

Envuelto en silencio, fue adentrándose en Ciudad de Piedra. La primera impresión al ver la ciudad, era la de un asentamiento improvisado. Las casas parecían haber sido levantadas hacía menos de una semana, la construcción de las mismas hacía pensar que no pasarían más de un mes estando de pie. Tablones de madera hacían de columnas, en algún casos eran piedras apiladas, y todas con distinta altura. Los techos no eran más que telas, el agua de las lluvias posiblemente se perneara, si es que la lluvia misma no lo derrumbaba todo. Todas las casas estaban posicionadas aleatoriamente, con cierta distancia entre sí.

Al seguir caminando, comenzaba a notarse un patrón. No llegaba a ser un trazado de calles, casi no había calles en Ciudad de Piedra, pero si las casas se ubicaban con determinada tendencia. Las mismas ya eran edificaciones sólidas. Paredes enteramente de piedra, los techos de madera y paja. Algunas incluso tenían ventanas. Y de esas ventanas, en plena oscuridad, se veían ojos. Cada vez más se asomaban para verlo pasar, Herodes no entendía que hacían allí, pudiendo haber estado tras las murallas. Nadie le dirigió la palabra, así que él hizo lo propio. Solo un perro se acercó a recibirlo, moviendo la cola de aquí a allá, pero Herodes no era muy simpático de los perros. Cuando estaba ya por llegar a la muralla, unos guardias en las almenas lo divisaron, y al verlo, se esfumaron. Solo cuando estaba frente a la puerta volvió a asomarse alguien, Reyer. Se quedaron mirando.

-Salgo de mi ciudad para combatir a un traidor, y al volver me encuentro con otro- Reyer tenía su elegante armadura de combate, brillaba bajo las antorchas.

Pero su hermano no respondió.

-Basta ya de estupideces Reyer, abre las puertas- Ordenó- Hay gente aquí afuera que necesita atención médica, gente que, al contrario que tú, luchó por defender nuestra tierra. No se quedaron acobardados tras una muralla- Reyer seguía sin emitir sonido, la provocación no funcionó- Yo también... necesito atención, estoy herido. Por favor.

Tampoco la compasión había dado resultados. Enojado, Herodes tomó un par de piedras del suelo y se las arrojó a su hermano. Sus brazos estaban tan cansados que los proyectiles dieron contra la muralla, a más de un metro de sus pies.

-¡Habla ya maldita sea!

-¡Eran niños!- Estalló Reyer, entre llantos- ¡Mujeres y niños! ¿Cómo pudiste haber hecho eso? Eres un monstruo

Aquellas palabras tomaron por sorpresa a Herodes, esta vez él se llamó al silencio. Filomeo había fallado en mantener el asunto en secreto.

-Y todo lo hiciste a espaldas mías- Continuó Reyer- Pensé que confiabas en mí, Herodes.

-No me hubieras dejado- Intentó justificarse.

-No deberías haberlo hecho. ¡Tampoco deberías haberle mentido a tu pueblo!

-¡No había otra opción, Reyer! Tienes que entenderlo.

-No me vengas con eso- Su hermano lloraba con rabia- Siempre hay una mejor opción, manchaste el nombre de toda nuestra familia al meterlos en ese calabozo. Por eso decidí dejarte a tu suerte, es la justicia que te merecías.

-Me sentenciaste a una muerte segura, ¿Pero, sabes qué? Ganamos, Reyer.

-No, tu perdiste, solo que aún no te das cuenta- Dijo su hermano, reponiéndose.

-¿En serio vas a dejarnos fuera de nuestra casa? ¿Después de lo que todos estos hombres vivieron? Ya eres grande para berrinches así, podemos hablar las cosas de frente.

-¿Con que ahora quieres hablar?, no se te ocurrió...

Un grito surgió desde la muralla, al instante Reyer volaba por los aires. El impacto de la armadura resonó a un metro de sus pies. La noche no lo dejaba ver con claridad, pero el rostro que estaba sobre la muralla no le resultaba conocido. Herodes enseguida se puso de rodillas al lado de su hermano, lo dio vuelta. Tenía la boca ensangrentada, y lo que más le preocupaba, sus ojos estaban cerrados.

-¡No Reyer, no! ¡Tú no!- Suplicó con unas palmadas en la cara, para que reaccionase.

De fondo las puertas de la ciudad comenzaban a abrirse, lo escuchaba. Tomó a su hermano por los hombros y lo sacudió con sutileza, no reaccionaba.

-¡Un almante!- Exigió Herodes al aire, al levantar la cabeza vio a todos los soldados conglomerados en la puerta. Ninguno se animaba a dar un paso al frente.

Entre ellos, se abrió paso un hombre gordo y canoso. Llevaba la camisola amarilla, como todos los almantes. Estudiaban los cuerpos que tenían alma. En plena coincidencia, Reyer abrió sus ojos.

-¿Ahora vas a matarme?- Balbuceó.

-Calla, calla de una vez. Sabes de sobra que no te haría daño.

El almante, con un esfuerzo considerable, se puso de rodillas del otro lado.

-Hay que sacarle la armadura para evaluar los daños- Dijo.

Entre los dos, y procurando moverlo lo menos posible, fueron desajustando todas las correas de la armadura de Reyer. Cuando su brazo izquierdo quedó libre, le tomó la mano a Herodes.

-No estoy arrepentido de lo que hice- Al parecer Reyer realmente lo tomaba por un monstruo.

-Tú no me traicionaste a mí, Reyer, le fuiste fiel a todos tus principios. Aquellos que nuestro padre nos inculcó, y aunque te cueste creerlo, son los mismos que yo comparto- Trató de tranquilizarlo, Herodes amaba a su hermano, en verdad lo hacía.

-¿Duele aquí?- El curandero inspeccionaba sus costillas, su hermano respondió con un alarido- Tranquilo, sobrevivirás. Tienes al menos dos costillas rotas, y parece que el hombro se te ha salido de lugar.

Tras esas palabras Herodes volvió a respirar. Él, en parte, sentía la responsabilidad de todo aquello. Toda su vida lo habían llenado de culpas, cuando en realidad era inocente, no era este el caso.

Dos soldados aparecieron desde la puerta, llevando una camilla de cada extremo. Entre todos lograron cargar a Reyer, al momento se lo llevaron.

-Mi Conde, en cuanto pueda debería visitarme por esa herida, no tiene buen aspecto-Le dijo el almante al retirarse.

Su cabeza. Por un instante todo ese dolor se había esfumado.

Sin perder el tiempo, se acercó a todos los espectadores, de pie cubrían la entrada a la ciudad. Enseguida le abrieron paso, su pueblo no lo amaba, pero el respeto se hacía presente.

Enseguida adoptó su posición de Conde, aunque en realidad se había transformado en Duque, solo que aún nadie lo sabía. Bastaron unas palabras para que un grupo de soldados se pusieran en movimiento, en busca de cadenas para asegurar a los prisioneros.

Allí, entre todo el tumulto, apareció él. Envuelto en una capa negra, Filomeo lo miraba con una fina sonrisa entre sus labios. Siempre al resguardo de su imagen, se abrazaron. Después de todo, no había nada de raro en que dos viejos amigos lo hicieran. El calor de su cuerpo curó todas sus heridas, vaya si extrañaba aquel calor.

-Con que lo conseguiste, mi Duque- Le susurró al oído.

-A fin de cuentas, te equivocaste, heme aquí tras las murallas.

Capítulo 12

Capítulo 8

Ya en la mañana, Herodes disfrutaba de una tarta de manzana en sus aposentos, la acompañaba con un vino dulce de La Aureola. Solo podía pasar el vino si era de excelentísima calidad, y aunque no llegaban tantos a las Tierras Rojizas, la ocasión lo ameritaba.

Reyer se encontraba fuera de peligro, por un tiempo debería andar con unas tablillas atadas al torso, así restringiría el movimiento en la zona de las costillas. Aún buscaban al hombre que lo había empujado. En cuanto a su golpe, Herodes tenía una venda que le daba la vuelta completa a la cabeza. Para su fortuna, no había sido más que una herida y en un tiempo estaría como nuevo.

Un clima festivo habitaba en Ciudad del Cobre, se celebraba vivir al menos un tiempo más, nadie sospechaba de que el Rey había pedido no atacar civiles. Herodes también estaba contento, aunque todavía sentía un poco de vergüenza. No por haber tenido que mentirle a su pueblo, aquello era necesario. Estaba avergonzado por haberse olvidado completamente de las máscaras, todo sucedió tan rápido en el campo de batalla que aquellos hombres se esfumaron de su pensamiento. Desde el instante que los conoció, supo identificar que tenían un don. Efectivamente así era, y ese mismo don había salvado a seis de los siete que lo acompañaron a la cordillera. Cuando Herodes les preguntó cómo habían hecho, le recriminaron que, después de haber sido abandonados a su suerte, fingieron caer en batalla hasta que los ejércitos Redwil y Orenon se rindieron. Otro motivo más para ganarse su odio. Sus familias habían sido devueltas sanas y salvas, con una experiencia traumática que quizá les costaría dejar atrás. Herodes no podía borrar el miedo en su interior, pero fue generoso al momento de recompensarlos. Una pequeña fortuna para cada máscara, y dos para la reciente viuda, suficiente para olvidarse de los problemas por algunos años.

Tres golpes secos resonaron contra su puerta de roble. Esperaba visitas. Filomeo se adentró primero, detrás iba Ayem Orenon. Ninguno tenía más de cuatro horas de sueño, venían de una batalla, y aun así el Conde conseguía permanecer atractivo. Vaya don aquel. Iba vestido con ropa que él mismo le había prestado, una camisa clara que le quedaba por demás ajustada, metida dentro de unos lujosos pantalones de cuero. Hacía calor para usar cuero, pero Ayem lo había preferido así.

-¿Te resultó cómoda la habitación?- Con un ademán lo invitó a sentarse a su lado, sin consultarle Herodes le sirvió una porción de tarta para luego

llenarle la copa de vino.

-La habitación está bien- El Conde se mostraba a la defensiva y sin ánimos de probar el plato.

-Es de La Aureola, puedes odiarme a mí pero no te desquites con el vino-Dijo, y empinó levemente la copa.

-Bien podría estar envenenado, no eres hombre de fiar.

-¡Oh, no! Todo lo contrario. Lamento que nos hayamos conocido de esa manera.

-Perdí a muchas personas, buenas personas. Todo por tus mentiras- El Conde era muy joven para terminar de entender su situación, no reservaba para nada el enojo que sentía.

-Yo también perdí a mucha gente por esta guerra.

-¡Yo no pedí esta guerra!

-¡Y yo tampoco!- Si iba a portarse como un niño, Herodes lo trataría como tal. Dio otro trago de vino, el Conde probó la tarta, debía de estar muy hambriento.

-¿Qué quieres de mí? ¿Por qué todo esta cortesía?- Se animó a preguntar.

-Seré franco contigo, tanto tú como Malnik Redwil están con la soga al cuello. La diferencia es que no tengo nada contra ti, y podrías librarte de esa soga con facilidad.

El Conde permaneció en silencio, le dio otro bocado más a su tarta.

-Me declararé Duque- Sentenció.

-¿Duque, tú? Debes estar demente.

-Una cosa no quita la otra- Bromeó- Prometo que no deberás responder a ningún llamado a las armas, al menos no por mi voluntad. ¿Acaso no luchabas por ello en el campo de batalla?

-Siempre hemos sido fieles a la casa Redwil.

-Y de algún modo, continuará siendo así. Planeo casarme con su hija este verano.

El Conde le dio un buen trago a su vino.

-¿Acaso tengo opción?-Preguntó, resignado.

-Siempre hay opción, tus hombres ya son libres de marchar. Lamentablemente no puedo decir lo mismo de tí, te quedarás aquí hasta que la casa Orenon jure fidelidad.

Herodes cruzó algunas palabras más con el joven Conde, cuando este terminó su tarta lo invitó a retirarse y "pensar". Era de esperar que declinase a su favor, todavía no le había dicho que su hijo, de apenas cuatro años, debería pasar un año bajo su tutela. No quiso darle tantas malas noticias de golpe, pero necesitaba aquella garantía.

Ahora tocaba la parte más difícil, debía enfrentar a los Redwil. Obviamente aquella familia se llevaría la peor parte, esas eran las consecuencias de apostar y perder. El ex Duque debía morir, de otra manera Herodes viviría buscando un puñal en cada sombra, pero antes debía engañarlo una vez más. Sus ataques serían selectivos, al igual que su rencor. Y su daga, aún seguía manchada.

Filomeo, su leal servidor, lo esperaba para acompañarlo al calabozo.

-Sigo sin estar convencido de este plan, Filomeo.

-Has corrido mayores riesgos, y mira cómo te fue.

-Pero tengo motivos suficientes para sentenciar su muerte, nadie se opondría a ello.

-Me temo que los motivos no son lo que importa- Dijo con desdén.

-¿Ah, no? Cualquiera diría lo contrario.

-Y cualquiera puede equivocarse.

-Incluso tú.

-Incluso yo. Pero si quieres proclamarte Duque al finalizar esta guerra, entonces debes ser un héroe.

-¿Un héroe? ¿Acaso no crees, que lo sucedido allí afuera fue una verdadera hazaña?

-Por supuesto que lo creo, solo que tú pueblo necesita ver para creer. Podrás llamarte Duque cuando comiencen a amarte a ti, y no solo a la

riqueza que esta tierra da.

No se lo iba a admitir, pero Herodes encontraba mucha lógica en las palabras de su amante. Por su cuenta no podría proclamarse Duque, necesitaría el aliento de todo el Condado de las Tierras Rojas. Comenzaron a descender por la escalera caracol, aquella que estaba en una esquina del castillo. Iban directamente al calabozo, siempre era mejor ir a la luz del día. Nadie querría perderse de noche en aquel laberinto de piedra, ese lugar en particular le daba muy mal augurio.

-¿Y qué pasa si decide morir? Si te soy sincero, no creo que Malnik sea capaz de cometer semejante atrocidad-Cuando se sentía inseguro sobre algo, Herodes podía ponerse realmente denso.

-Si eso pasa, entonces ya no podrás matarlo. Instantemente te convertirías en el villano- Respondió Filomeo, indiferentemente.

-¿Y así nomás me lo dices? No tienes idea de cuánto envidia tu tranquilidad.

-Es confianza, la misma con la que te dije que las máscaras no te traicionarían.

-Tienes razón, pero no olvides que volví a cruzar las murallas. La confianza puede fallarte.

-Cierto, pero esta vez no lo hará.

-¿Cómo lo sabes?

-Confianza-Dijo con una amplia sonrisa.

Más temprano que tarde, llegaron a la entrada del calabozo. Allí, un guardia se puso en posición al verlos llegar y les abrió la puerta. Herodes le pidió a Filomeo que esperara allí, esto era algo que debía hacer solo. Raramente, casi sin protestar, aceptó.

Cuando el guardia cerró la puerta, el día y la noche pasaron a ser irrelevantes, la única luz provenía de las antorchas. Adornaban las paredes de un largo pasillo, y que era más bien angosto. Como siempre que bajaba a aquel lugar, la sensación de angustia y depresión acudió a él. La piedra era piedra en todas partes, pero acá se veía más oscura, al pasar la mano, Herodes notó que estaba fría y húmeda. Solo Thelu llevaría la cuenta de las penas que albergaba aquel lugar.

Convencido de que quería marcharse de allí cuanto antes, Herodes atravesó el pasillo a un ritmo acelerado. Allí estaban los soldados Redwil que habían quedado prisioneros tras la batalla. Al verlo pasar, algunos se

lanzaron contra los barrotes, insultándolo con una violencia abrumadora. Pero la mayoría permaneció en silencio, se limitaron a seguir sus pasos con la mirada. Tenían miedo.

Fades, el hijo de Malnik, también estaba prisionero, solo que en lugar de barrotes lo rodeaba una lujosa habitación en lo alto del castillo. Al que igual que con Ayem Orenon, debía ganarse su confianza. Al llegar al final del pasillo, tomó el camino de la derecha, izquierda, y después de bajar una pequeña escalera, izquierda nuevamente.

<< ¿Quién necesita tantos prisioneros?>> Pensó mientras dejaba atrás las celdas vacías.

Se sintió un poco más tranquilo cuando divisó a dos guardias vistiendo el cobre, sentados contra la pared conversando sobre algo. "Dicen que él mismo lo mató, en el clamor de la batalla...", decía uno. Cortaron la conversación cuando lo vieron llegar, se levantaron y lo saludaron con la cortesía correspondiente.

-¿Serían tan amables de abrirme la celda?- La cortesía se paga con cortesía.

-Por supuesto, mi señor-Uno de los guardias revisó entre su manajo de llaves y le abrió la reja- Tiene pies y manos encadenadas, señor.

-Gracias, quédense aquí fuera por si necesito de ustedes-Para nada quería quedarse solo en aquél lugar.

Tomó una de las antorchas de la pared y entró a la celda, se encontró con un Malnik rendido, tirado en posición fetal contra el duro suelo. También había olor a orina. Herodes estaba seguro que se había percatado de su llegada, pero permaneció inmóvil. Como todo prisionero, vestía unos harapos grises.

-¿Te han dado de comer?

-Ya termina con esto- Respondió con un tono casi imperceptible

-De hecho, a eso vine-Dijo Herodes, mientras sacaba un pergamino enrollado- Traje tu rendición.

Malnik Redwil cambio su postura, para sentarse con las piernas extendidas.

-¿Mi rendición? No te entiendo.

-Están aquí todas mis demandas, puedes firmarlas tú o quizá lo haga

Fades, si lo convierto en Conde.

-¿Conde?-Malnik, absorto, extendió la mano y tomó el pergamino.

-A partir de ahora los Cemerton gobernarán el ducado, pero quisiera que la familia Redwil siga manteniendo sus tierras. Tu familia no tiene por qué pagar por tu avaricia- Le explicó.

El desarreglado Redwil no respondió a sus palabras, se lo veía muy concentrado forzando la vista, tratando de leer sus demandas con la escasa luz.

-Esto es una locura, basura. ¿No esperarás que acepte esto, no?- Herodes lo dejó en silencio, todos necesitaban tiempo en una celda- ¿Pensas que te entregare a Neridia, mi única hija? Ella se merece un hombre.

-Trataré a Neridia como a la Duquesa más afortunada, además algún día tu nieto será un Duque, ¿No es acaso lo que esperabas?

-¿Un nieto, tú?- Replicó con desprecio- No puedo pagarte las setecientas monedas que pides. Yo no tengo tal fortuna- A Herodes lo sacaba de quicio que quisieran tomarlo por idiota.

-Quizá husmeando en tu castillo pueda confirmarlo.

-De ninguna mane...

-No me tomes por idiota- Era momento de hacerse oír- Se bien que dispones esa cantidad, la suficiente para que no puedas armar un ejército ni bien te largues de aquí.

Con el rostro enrojecido por la ira, Malnik Redwil rompió el pergamino a la mitad. Luego simplemente lo escupió.

-Que te den por el culo, Cemerton.

-Así será, y voy a disfrutarlo- Dijo con la mayor tranquilidad, sin importarle que los guardias pudieran escuchar- Tienes cinco días para reconsiderarlo, luego la decisión pasará a Fades.

Herodes marchó tras sus palabras, sin intenciones de permanecer ni un segundo más en aquel lúgubre lugar.

Capítulo 13

Capítulo 9

No entraba una persona más en la plaza de Ciudad del Cobre. Nadie quería perderse el fin de la guerra, este sería el día de su proclamación. Herodes veía toda la situación desde cierta altura, en un palco personal. Había mandado a construir muchas gradas, de manera que formaban un semicírculo. Frente a él, la gente estaba de pie, pero dejando espacio dentro del semicírculo para el espectáculo. Ocho días habían pasado desde la batalla, cuatro se había demorado Malnik Redwil en aceptar sus condiciones, en dejarse engañar una vez más. Tras su última conversación con él, Filomeo había logrado que recapacitara. Podía ser muy persuasivo cuando se lo proponía.

Neridia, su prometida, llegaría en pocas horas junto a un pequeño séquito escoltándola, y sus setecientas monedas de oro. Además, también la acompañaban sus pequeños sobrinos y Minedia, la reciente viuda.

<<Los amaré como si fueran míos>>. Amargos recuerdos se le vinieron a la mente.

Hasta su palco personal estaba repleto. Reyer aún llevaba las tablillas amarradas al torso, era extraño verlo sin su reluciente armadura. En cambio, vestía una camisa suelta cobriza con detalles en hilo negro, su buen gusto se mantenía intacto. Ayem Orenon lo acompañaba, casi por obligación, pero era necesario que él también viera a qué clase de hombre estaba apoyando. Su madre también estaba ahí, llevaba un buen tiempo con esa inexpresividad en el rostro. Sin embargo, por más infeliz que la pobre se sintiera, cumplía con su deber. Hacía pocos años había perdido a su esposo, y ahora le tocaba decir adiós a uno de sus hijos. Herodes podía entender ese dolor, había perdido un hermano incluso antes de clavar su daga en el campo de batalla.

Además de algunos guardias, también compartía el palco con sus consejeros. Su tío, el maestro de la escritura y Filomeo.

En medio de aquel semicírculo estaba Fades, atado a un poste por sus muñecas. Amordazado para que no pudiera gritar, pero la gente si lo hacía, escupía el odio que el miedo les había dejado. Fades Redwil vestía los colores de su familia, negro y azul. Según Filomeo, era importante que lo reconocieran como el enemigo.

Los segundos se hicieron eternos, pero tras ellos se asomaron los dos guardias. Entre los hombres de bronce estaba Malnik Redwil, bien sujeto

por ambos brazos. Lo revolearon al suelo como si fuera un saco de trigo y cayó de rodillas. Él también vestía los colores de su casa, aquellos que debían ser asociados al mal. Redwil sería el villano de la obra, y llevaba una armadura de acero particularmente fina.

-¿Qué no tienes nada de honor Cemerton?-Su grito destacó entre los de la muchedumbre.

Al ver a su hijo, Malnik trató de acudir corriendo a su encuentro, pero los guardias lo mandaron de un topetón al suelo. Forcejeo con ellos y naturalmente perdió.

-¿Qué significa toda esta mierda?- Exigió saber, señalándolo con el dedo.

Herodes le indicó que se acercara, y al hacerlo el pueblo calló. Nadie quería perderselo.

-Tú no tienes derecho a hablar de honor. Conspiraste con mi hermano para quitarnos nuestra tierra, a mí y a todos los hijos del cobre. Tu avaricia se llevó más de doscientas vidas en mi pueblo.

-¡Teníamos un trato!-Dijo haciendo caso omiso a sus palabras.

-¿Realmente creíste que te irías así sin más? Tu hijo y tú vinieron hasta aquí por mi cabeza, resulta que yo me quedaré con la de alguno de ustedes- Herodes sacó una vieja espada y la arrojó a sus pies, desde la altura- Tú decides con cual.

El silencio permaneció, incluso cuando había terminado de hablar. Lo que estaba haciendo era horrible, toda su imagen estaba en juego. Para esta apuesta, había decidido confiar en Filomeo, él rara vez fallaba.

Malnik quedo mareado, sin comprender lo que estaba sucediendo allí. Era una fiera herida, rodeada de cazadores. En un último intento, se abalanzó contra el palco pero antes de que pudiera trepar recibió un golpe en su espalda, el guardia lo atacó con el lado plano de la espada.

-¿Será tu vida, entonces?-Lo intimó Herodes.

Malnik Redwil echó un vistazo a su alrededor, no encontraría la salvación allí. Sus ojos se clavaron en los de su hijo un instante prolongado, finalmente se inclinó a por la espada. Automáticamente el abucheo resurgió. Lo que Herodes le había hecho al Conde era horrible, pero lo que estaba por hacer él era aún peor. Y lo confirmaba con cada pisada en dirección a Fades, se convertía en el villano que tenía que ser. Filomeo nunca se equivocaba. Pese a que su atención estaba en los movimientos de Redwil, Herodes vio de reojo a algunas personas tratando

de detenerlo. Por fortuna aquella situación había sido prevista, los guardias hacían un buen trabajo al mantenerlos a raya con sus escudos.

Solo cuando estuvo a poco más de un metro tensó el arco, contuvo la respiración como bien sabía hacer. Lamentablemente no podía mirar a Malnik a los ojos, era algo que en verdad le hubiera gustado. Fueron pocos los que se percataron de aquella situación, el villano Redwil aún era el protagonista, pero cuando levantó el brazo para matar a su propio hijo, Herodes soltó la flecha. Y todas las miradas se centraron en él. Y se puso la máscara de la justicia, esa que en verdad creía representar.

La flecha atravesó sin dificultad la delgada armadura, penetró por el omoplato y se asomó el brillo del cobre justo a la altura del pecho. Malnik enseguida dejó caer la espada, y luego cayó de rodillas con las manos en el suelo. Pareció salirle sangre de la boca, balbuceo unas palabras que Herodes no llegó a escuchar y terminó cediendo ante el peso de su cuerpo. Si bien lo que acababa de hacer era asesinato, el apoyo del pueblo fue unánime. Quizá ahora estuviera un poco más cerca de ser el héroe que esta guerra necesitaba.

-Quería que todos vieran de lo que era capaz Redwil- Dijo para su gente- ¿Qué clase de hombre mataría a su propio hijo para salvarse el pellejo? ¿Y qué clase de personas seríamos nosotros, al seguir a alguien así?

La gente le respondió, no precisamente con palabras, sino con gritos. Pero los gritos también hablaban.

-Yo creo que es hora de dejar todo eso atrás, ¡Las Tierras Rojizas deben controlar el ducado!

-¡Sí!-Esta vez sí consiguió una respuesta más directa- ¡Herodes!
¡Herodes! ¡Herodes!

Mientras la ciudad seguía coreando su nombre, Herodes descendió del palco. Fue directo hacia donde estaba Fades, miles de cosas deberían estar pasando por la cabeza del nuevo Conde. Rodeo el cadáver de Malnik, se puso tras él y le desató las muñecas. Como estaba suspendido, le fue inevitable caer al suelo, enseguida fue a por su padre. Sin decir palabras. La espada que le había dado a Malnik ahora estaba al alcance de su hijo, pero él no parecía tener intenciones de seguir peleando, aquella era una buena señal.

Tratando de manejar la situación lo mejor posible, se le acercó y le tendió la mano. Si bien titubeo un momento, Fades aceptó la ayuda y se levantó, una lágrima escapaba de su ojo. Solo cuando estuvo a su altura,

Herodes se le acercó al oído.

-Eres libre de irte, haz lo que quieras, recuerda que él iba a matarte y yo te salvé la vida.

Fades no dijo nada, la gente seguía coreando. En silencio se retiró del lugar, Herodes les hizo un ademán a los guardias para que lo dejaran marchar, ya había pasado por mucho hoy. Y allí quedó él, rodeado de toda su gente, recibiendo todo lo que se merecía y era suyo por derecho. A sus pies, el pasado yacía con una flecha en el pecho, sobresaliendo de su coraza. La injusticia. Todos los presentes se llevarían una importante lección de allí, una flecha de cobre podía atravesar una armadura de acero.

Capítulo 14

Me presento, mi nombre es Pablo Hergenreder y esta es la primer versión de un libro que he publicado en 2018. El libro es una versión editada y expandida del presente, si te interesa adquirirlo puedes conseguirlo por la página de la editorial(https://www.tintalibre.com.ar/book/500/La_guerra_de_las_M%C3%A1scaras). Muchas gracias, espero que lo disfrutes.

Epílogo

Entre las sombras él descansa

El ruido es su mejor disfraz

A su favor siempre la balanza

Del susurrante no escaparás

Filomeo no podía sacarse la vieja nana de la cabeza, era particularmente pegadiza.

El juicio se llevaba a cabo en el vestíbulo principal, era el primero que organizaba Herodes desde su proclamación como Duque. Para muchos significaba una prueba, quizá para él también lo fuera. Le debía resultar difícil encontrar el sentido de la justicia cuando se trataba del hombre que había empujado a su hermano desde una muralla. En la experiencia de Filomeo, cuando la justicia era algo personal, se convertía fácilmente en venganza.

Se encontraba de pie a un costado de Herodes, el Duque sentado en un improvisado trono, que no era más que una lujosa silla forrada en terciopelo. En sus pies terminaba una larga alfombra cobriza que atravesaba el vestíbulo a lo largo. El Duque, como siempre, vestía el cobre, esta vez era su camisa la que llevaba aquel color, mientras que sus

pantalones y zapatos eran negros.

La víctima, su víctima, Reyer Cemerton, también estaba allí sentado al otro lado de Herodes. Su herida no le permitía estar de pie mucho rato, además tenía sangre noble y podía sentarse cuando quisiera. El resto del consejo permanecía de pie, al igual que él. El vestíbulo quedaba muy grande, pero Herodes le había dicho que prefería algo íntimo, solo el consejo, algunos guardias y el acusado.

El hombre es cuestión resultó llamarse Rotk, un moedor de las minas de cobre que había llegado a la ciudad recientemente. Filomeo ante todo estaba tranquilo, sabía que no lo había visto. Resultaba imposible, fue en la oscuridad y tenía puesta la capucha. Había actuado con imprudencia aquella noche, pero la vida de Herodes dependía de sus palabras. No se arrepentía. De momento se le ocurrían mil argumentos mejores que "debes salvar a tu hermano", pero lo hecho, hecho estaba.

Por un instante, Filomeo se quedó cantando aquella canción para sus adentros, al volver a la realidad Herodes estaba hablando.

-Son muchas las personas que te vieron hacerlo, Rotk.

-Ya lo sé señor-Respondió él sosteniéndole la mirada.

-¿Entonces, aceptas que eres el culpable?- Herodes parecía sorprendido.

-No señor... Fue por un susurrante.

-¿En verdad tenemos que soportar estas cosas, Herodes?- Preguntó Reyer enojado, pero el Duque no quito la vista de Rotk.

-Continua.

-Yo estaba cerca de la puerta. Trataba de averiguar porque no habíamos salido a luchar, para serle sincero, estaba contento de no haberlo hecho. Pero luego pensé en mi hermano, de alguna manera sabía que estaba herido y necesitaba de un almante. Fue esa sensación de... desesperación, lo que me llevó a hacer lo que hice, ¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar, señor?

-Hubiera buscado otra manera. ¿Quién es tu hermano? ¿Qué tiene que ver un susurrante en todo esto?

-Eso es lo extraño señor, después de empujar al señor Cemerton miré hacia el campo de batalla. Y justo ahí, mientras lo estaba buscando, me di cuenta de que no tenía hermanos. Me sentí tan confundido. Más tarde pude recordar una voz, la del susurrante. Recuerdo escucharlo diciendo

"Tu hermano está muriendo allí afuera", fue cerca de la entrada.

El vestíbulo quedó en silencio, se notaba que Reyer quería decir algo pero Herodes ya lo había callado una vez.

-¿Alguien más vio al supuesto susurrante?

-No que yo sepa, señor.

-¿Por qué te escondiste estos días, si eras inocente?

-Tenía miedo, señor. Se lo raro que suena todo esto.

-¿Tienes alguna prueba? ¿Algo?

-No señor, solo mi palabra ¿Qué motivo tendría yo para empujar a su hermano?

-No lo sé- Herodes quedó pensativo por un momento- Espero que entiendas que no puedo dejarte ir como si nada. Todos te vieron cometer el crimen.

-Por favor señor, ¡Tiene que creerme!

-Hasta donde sabemos no hay susurrantes en Ciudad del Cobre. Investigaremos sobre ello, hasta entonces quedarás confinado en una celda esperando la sentencia.

-¡No, piedad!- Gritó Rotk.

Pero el Duque se levantó de su asiento, y comenzó a caminar a paso firme hacia la salida. El asunto estaba zanjado. Los guardias tomaron a Rotk y se lo llevaron. No había estado mal la determinación de Herodes, ciertamente era improbable que la historia de Rotk fuera cierta.

-Si hay un susurrante en mi ciudad quiero saberlo, Filomeo- Parecía preocuparle más de la cuenta.

-Entonces lo pondré como prioridad - Dijo para dejarlo conforme.

Filomeo sentía un poco de culpa, pero no podía decirle la verdad a nadie, ni siquiera a Herodes. Por sus venas circulaba la sangre de Eyer, había manifestado las habilidades desde pequeño. Sabía muy bien lo peligrosas que podían ser sus palabras, le habían prometido que no iba a tener que hacer mucho uso de sus susurros. Su misión era acercarse a Herodes, cuidarlo, convertirse en su mano derecha. Ciertamente se

consideraba algo más que una mano, se había encariñado con el Duque.

Sin embargo, la ayuda nunca llegó, los que debían encargarse de Cemerton y su ejército no habían aparecido. Por eso, desde su llegada a Ciudad del Cobre, se había visto obligado a expresar cuatro susurros.

El primero fue para Bekson, se necesitaba de él para que la guerra estallase de una vez. Aunque en verdad, el reclamo por las Tierras Rojas había sido fruto de su ambición. Bekson anhelaba la traición, el susurro había sido apenas un empujón.

“Si cruzas esa muralla, morirás”. El segundo susurro no resultó tan efectivo como el primero, Herodes igualmente se había marchado a la cordillera, aun sabiendo que encontraría su propia muerte. Ciertamente había mucho coraje en aquella decisión, pero a Filomeo seguía pareciéndole estúpida, quedándose en Ciudad del Cobre hubiera evitado exponerse a tanto peligro, además de haberse ahorrado el tercer susurro.

Aquel era el único que había levantado sospecha, también fue el más improvisado de los cuatro. Pero por el bien de Herodes las puertas de la ciudad debían abrirse. Ya habría tiempo para pensar en Rotk.

El último, resultó indispensable para la proclamación de Herodes, además era un susurro por demás complejo. Por fortuna, Filomeo tenía bien desarrollado su don, manipular la mente de un padre para que asesinara a su propio hijo, no era algo que todo portador de la sangre de Eyer pudiera hacer.

Era todo por un fin mayor. A fin de cuentas, solo seguía órdenes.

Él escoge el ritmo de la danza

Como a un títere te moverá

A su favor siempre la balanza

Del susurrante no escaparás